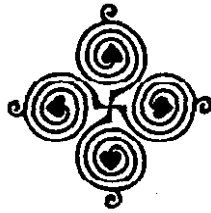


Francisco González Díaz

M E R R O R



LAS PALMAS

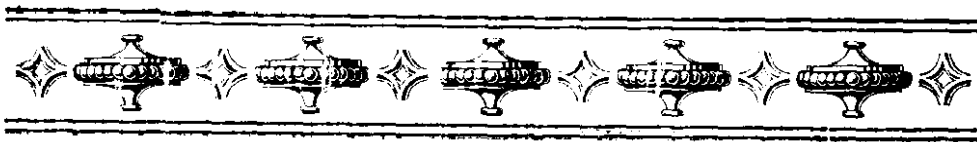
Tip. del DIARIO, Buenos Aires 36
1918

Ofrenda

Ofrezco á Teror este libro como un humilde tributo de mi amor á sus gracias y sus bellezas.

Aquí me he refugiado para tratar de aliviarme las penas y curarme las heridas. Aquí las penas se me endulzan, las heridas se me suavizan. Aquí logro adormecerme en una paz bienhechora. Aquí siento menos triste la vida y menos amarga la muerte.

Francisco González Díaz.



Gratitud

*L*ECTOR: Como la vanidad es humana flaqueza, y á casi todos nos aprisiona en sus lazos, perdóname si ingénuamente te confieso tener á grande orgullo, no exento de cierta pedantería, el que un libro, cual éste, obra del maestro insigne, el gran González Díaz, lleve á modo de pórtico estas cuartillas pergeñadas por un mal principiante.

Pero á semejanza de la nieve que, al desprenderse de las cumbres, donde tiempo ha luciera con fulgores cegadores de nítidas alburas, antes de liquidarse en agua cristalina va descendiendo de peña en peña, de mata en mata, dejando á su pasar perlas que brillan al sol con bellos cambiantes de luz, para confundirse al fin con aguas turbias, cenagosas, así el divino artífice que un día enriestrara la péñola, maravillosa, por ser suya, para rasgurar en la nitidez de las páginas que habían de formar el bloque de este libro, ha descendido hasta este iluso enamorado del arte literario, consintiendo magnánimo que sea yo quien emborrone este al modo de prólogo; yo, que no sabré definir esta nueva obra, nacida de su sutil espíritu, al calor de la misteriosa inspiración engendrada...

Pero Teror no podía, no debía consentir que un libro como el presente, escrito para cantar sus bellezas de ensoñación, ofrecido con loable desinterés, con altruismo envidiable, fuera dado á la imprenta sin el

testimonio de su profundo agradecimiento hacia el autor glorioso de Especies, Un Canario en Cuba y tantas otras obras que, como surgidas del númen privilegiado del gran escritor canario, hacen de él uno de los escritores contemporáneos de más valía en nuestra lengua.

Yo no sé, lector, si he debido hacer este prólogo, que no es prólogo, no pudiendo, como no puedo, desligarme del cariñoso afecto que profeso á su autor, unido á mi gran admiración y agradecimiento, para quien como él, tal vez sin pretenderlo, tantas cosas me ha enseñado; pero... ¿de qué otra forma pudiera pagarle?

Poco debiera decirte de las bellezas que encontrarás al final de estas páginas, ó mejor, no debiera decirte nada. Estoy de acuerdo con un ilustre cronista, quien declara con nobleza de alma que le honra, en un prólogo puesto por él á una reciente novela: «Lo primero que se necesita para prologar un libro, es tener más autoridad literaria que el autor del libro prologado...»

Y siendo esta una gran verdad, como lo es, ¿qué podría yo decir, mísero escudero de ese caballero andante del Ideal, que no resultara pretenciosa pedantería, cuando soy incapaz de comprenderle? Sin embargo, más atrevido, por exceso de ignorancia, que el galano escritor á que dejo hecha referencia, quiero decirte dos palabras respecto al trabajo realizado por González Díaz en el círculo reducido que le sirvió de campo de observación para producir este hermoso libro, para Teror de un valor incomparable.

Recorriendo sus capítulos, no sabemos que admirar más, si sus dotes maravillosas de estilista castizo y refinado, si su visualidad colorista de mágico encanto, ó su capacidad mental de pensador, muchas veces lapidario... ¡Diamante de infinitas facetas es la pluma envidiable del gran escritor!

En los capítulos que integran este libro, hallarás, lector, comprobado brillantemente, cuanto á tal respec-

to dejo dicho; pero, entre ellos, si eres amante de la verdad sencilla y artística, grabada sin artificio ni falsas galanuras, encontrarás uno titulado El reloj y el espejo, que ha de producirte un calofrío de intensa emoción.

El lenguaje intraducible de la campana nos dice por la pluma del gran observador: ¡camina, camina,!... y nos revela lo que desde la infancia hemos oído incessantemente sin descubrir su significado: que marchamos con marcha acelerada, terrible, hacia la madre tierra de cuyo seno salimos, y á cuyo seno fatalmente hemos de volver.

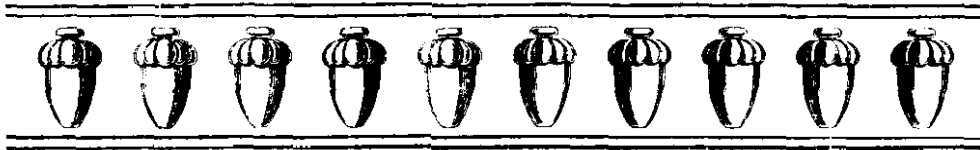
Y no es cierto, como insidiosamente propalan algunos de sus pocos detractores, que González Díaz sea pesimista, no; es todo lo contrario. Procura endulzar la vida, ya de suyo tan amarga, cantando la belleza de los campos y la alegría del vivir donde quiera que puede haberla; pero, ¿hemos de empeñarnos nosotros, pobres y míseros pasajeros del Viaje de la vida, en evitar lo inevitable?

Aquí tenéis, aunque malamente diseñada, la silueta del glorioso autor de este libro que pronto se abrirá ante vosotros para que saboreéis la belleza y admiréis la profundidad de su contenido. Yo, fanático admirador del gran González Díaz, que, con tan cautivadora modestia y sencillez descende del alto sitial en que su privilegiado talento hubo de colocarle, hasta permitirme escribir estas líneas, antesala de un verdadero santuario literario, os lo ruego: penetrar en él, concentráos, absorbeos en la contemplación de sus riquezas, gustad sus deléites, y á buen seguro que de ello me viviréis agradecidos.

Y así le rindo homenaje de gratitud en nombre del pueblo de Teror, que él tanto ama.

Félix Aranda Arias.

Teror, Octubre de 1917.



ACABO de pasar una breve temporada en Teror, divagando y soñando... Teror es uno de los pueblos más hermosos de Gran Canaria, en el fondo de un valle bellísimo, á la sombra de un santuario célebre.

Le rodean campos siempre verdes y un laberinto de montañas cuyas cimas se recortan en el azul de un cielo idealmente puro, cuando no las envuelve la niebla desgarrada en girones de tules fantásticos... Cuadro idílico, pastoril. Suena á la continua la campana de la iglesia del Pino que llama á misa, á oración ó novenario, suena el reloj de la torre que toca las horas, las repite y da las medias y los cuartos con voz cansada, suenan las esquilas de los rebaños que pastan ó sestean, y se duerme el pueblo arrullado por esos sonos sacros y bucólicos, los únicos que turban su quietud; más bien dicho, la acompañan.

Hay una paz conventual en el ambiente; de vez en vez atraviesa la calle grande de la villa en cuyo término está el templo de *Nuestra Señora sobre una* amplia plaza, algún automóvil cuyos bocinazos y trepidaciones profanan la calma religiosa de todo el paisaje. Llegan viajeros que vienen á admirar y gozar esto precisamente; llegan, también, pero no por

lo común en automóvil sino en *el coche de horas*, una especie de vetusta y desvencijada *diligencia*, viajeros de comercio, cultivadores que regresan de hacer compras en la ciudad, aldeanos de los contornos que fueron á evacuar en Las Palmas sus asuntos y menesteres.

Los domingos, de nueve á once, hay feria en la plaza. Véase allí un abigarrado conjunto; la misma muchedumbre que asiste á la misa mayor, luego discurre en medio de los puestos donde se amontonan los más varios artículos: desde el tosco calzado con clavos, una clase de zuecos fabricada en el país para uso de los campesinos, zapatos provistos de herraduras, hasta los cintajos multicolores, adorno de la coquetería lugareña. Y cacharros, y vasijas de loza, y burdos tejidos, y refajos de lana, y mil cosas y objetos para todos los sencillos gustos, para todas las bolsas humildes de los solicitantes.

Este mercado al aire libre, tan cerca del templo, hierve en animación y alegría. Las mujerucas encuadrado el rostro por las mantillas castizas que siguen reinando en el campo mientras en las poblaciones van cayendo y plegándose como banderas en derrota, los gritos de los feriantes afanados, el ir y venir de los curiosos, constituyen un episodio rural de fuerte y grato colorido. Se marchandea, se regatea, se husmea; la campana de la parroquia tiene siempre algo que decirles á los congregados, les habla de Dios mientras ellos conciertan sus humanos negocios, y el reloj de la torre con sus campanadas, que marcan implacablemente las fracciones del tiempo, les recuerda que han de morir sin remedio...

La vida está regulada, dominada por aquellas dos campanas inexorables... La naturaleza, propicia

y dulce, dice: *ve despacio, mira y alégrate*. Cromos y la religión dicen: *apresúrate, todo lo que acaba, acaba pronto...*

Y Terror, ni va despacio ni se apresura. Sigue un paso medio, sostenido, que le permite marchar sin exaltaciones ni sobresaltos hacia su destino, que es hermoso.

* * *

Porque ese pueblo, de feraz campiña, de espléndidos panoramas, de aguas limpias y abundosas, de existencia patriarcal y apacible, será en lo futuro, á poco que se lo proponga, el mayor centro de atracción de turistas en Gran Canaria y aún en el Archipiélago.

Empieza á serlo ya, á pesar de las tristes circunstancias presentes, no obstante la falta casi absoluta de comodidades y de buenos alojamientos. El día en que se termine la carretera que ha de unirlo con Arúcas, y se edifiquen casas para el veraneo en sus amenísimos alrededores, será el lugar preferido y privilegiado adonde afluirá la corriente del turismo. Sólo falta á los terorenses hacer un esfuerzo pequeño, asociar sus pequeños capitales y emplearlos en la obra de fomentar la construcción de casas cómodas y baratas. Dado el primer impulso, lo demás vendría por sí solo. Sobran los elementos de atracción y fortuna.

Cada año aumenta el número de veraneantes,

pese á las deficiencias apuntadas. Teror triunfa, porque lo posee todo.

* * *

Es el más simpático, el más hospitalario de los pueblos de Gran Canaria. Tiene *ángel*, como ciertas personas de quienes se afirma que con la mirada subyugan y con la palabra rinden voluntades y afectos.

Este don prodigioso hace que, cuantos le conocen, le amen y no le olviden.

Ahora, en la fiesta divina de la Primavera, sus campos materializan un risueño ensueño. Sonríen, cantan, convidan á olvidar y amar... Entre la verdura jugosa y lustrosa, las florecillas silvestres, gotas de colores, blancas, amarillas, rojas, azules, parecen otras tantas ilusiones materializadas sobre la realidad de la riqueza inmediata que la cosecha promete.

Nadie allí es opulento; nadie en Teror disfruta rentas excesivas, el capital más cuantioso no excede de sesenta mil duros. Pero nadie tampoco en Teror se muere de hambre. No hay mendigos

Mientras en el resto de la isla cunde la miseria, Teror no ha visto modificarse las condiciones de su existencia modesta y feliz. Como no conoció *la edad de oro del plátano*, no conoce actualmente las escases y las angustias de la recaída en la antigua pobreza que afligen á las zonas de gran producción. Le bastan sus patatares y sus trigos, sus buenas hortalizas y sus excelentes legumbres, sus manantiales y sus ganados.

¿Para qué más?



El reloj y el espejo

MIENTRAS estoy en Teror, el reloj de la iglesia del Pino me persigue con sus campanadas lentas y vibrantes. Cada cuarto de hora desata su lengua para decirme: *¡camina, camina...!* Es como un centinela de la eternidad, un ejecutor del tiempo, que no nos consiente dormirnos á lo largo de la vía dolorosa. Olvidadizos ó despreocupados estamos á punto de cerrar los ojos dejando de ver la vida para ver solamente los paisajes interiores de nuestra imaginación en acuerdo con las bellezas del medio físico, y él nos despábila inexorable al lanzar su recordatorio. Una, dos, tres... Recuerda, hombre disipado y desvanecido, que morirás. Estos toques, estos redobles de mi campana, tambor batiente de la marcha de las horas, te lo advierten cuando suenan.

Y suenan á cada momento. Vibra en el espacio el canto fúnebre de una hora y, apenas el eco extinto, se repite la advertencia en otra serie igual de sonidos graves, quejumbrosos, dolientes. ¡Anda, anda! No te detengas ni te hagas ilusiones. El sendero es áspero, incierto el fin, agudísimos los abrojos. Mira hacia adelante; no mires hacia atrás. Si contemplas

el pasado, válgate tan sólo de lección amarga; pero lanza lejos tu vista como un dardo, como una honda. Si te sientas, levántate en seguida; si te duermes, despiértate. La muerte te llama, infeliz.

Y otras veces el reloj no repite íntegra la hora; da una única campanada que semeja un gemido. Después de avisarnos, llora por nosotros. Diríase un mecanismo dotado de conciencia. Diríase que se sensibiliza al cumplir su ministerio terrible. Anuncia que nos vamos y que él también, con todo lo creado, con todo lo humano, se va...

Desde la torre el Tiempo nos amenaza, nos castiga, nos empuja. nos hace polvo...

* * *

Pero el Tiempo, ¿qué es? Nada; nadie podría darnos su concepto. No puede partirse y sin embargo, necesitamos dividirlo, medirlo: por eso se inventaron los relojes. El Tiempo es una abstracción, una entelequia. Si intentamos cogerlo se nos queda entre las manos, como la mariposa. Es nada y es todo. Nosotros pasamos, él no pasa, sino que continúa. Hay caminantes, pero no hay camino. Antes, ahora, después, son únicamente palabras. Para concebir al tiempo, eterno, precisa concebir al ser y la cosa, finitos. Llamamos tiempo á la continuidad de cosas y seres. El tiempo es un abismo filosófico.

Y ese reloj nos lo administra en dosis periódicas, regulares, como un veneno. Oímos cada cuarto de

hora el *¡anda, anda!...*, el advertimiento sombrío de la consumación.

Sonríe el campo, acaricia el cielo, el ánimo tranquilo se adormece en la paz de la tierra, blanda como una buena cuna, y de pronto el latigazo metálico nos sugiere la idea verdadera, esencial, de que la tierra no es cuna sino sepulcro. Es cuna, sí; pero será sepulcro.

¡Anda, anda...!

* * *

Huyo del reloj tapándome los oídos y del espejo cubriéndome los ojos.

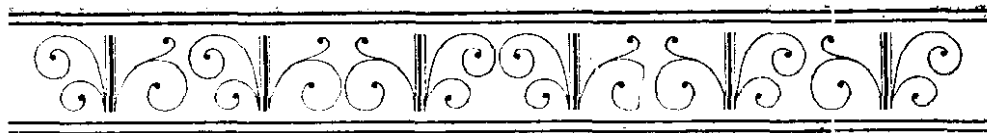
El espejo, roto y empañado como yo, también me dice: *caminas, caminas...*

En el espejo vemos el tiempo, que oímos en el reloj. Son tremendos entrambos: *amigos de Platón, pero más amigos de la verdad.*

Y por ser amigos de la verdad, les consideramos enemigos nuestros.

Ni amigos, ni enemigos; *indiferentes.*





La Semana Santa en Teror

LA Semana Santa en los pueblos infunde más emoción y reviste más grandeza religiosa que en las ciudades. Más sencillas las ceremonias, más atentos los fieles á los episodios del sublime drama conmemorado por la Iglesia, verdaderamente un soplo de fé atraviesa las almas. Los místicos simulacros y funciones recobran aquella forma primitiva, sin efectismos teatrales, que ponía lágrimas en los ojos, sollozos en el corazón de los cristianos puros, muy próximos á la Cruz. Cada uno de ellos tal vez decía adelantándose á Pascal, recordando á Cristo. «Vertió una gota de sangre por mí, por mí exclusiva é individualmente, en el tremendo sacrificio». Y el llanto de enternecimiento y arrepentimiento saldríale de las entrañas.

Hoy vemos la Cruz desde muy lejos, sobre todo si la miramos desde las ciudades. El catolicismo se ha teatralizado con exceso en las urbes populosas y en las catedrales magníficas. Jesús en la calle, coronado de espinas, azotado, infamado, crucificado, pasa en medio de un gentío indiferente á quién solicitan demasiadas preocupaciones mundanas, á quién

distraen demasiados asuntos y negocios pequeños; entre esa turba de espíritu frío, quizás de conciencia sorda porque la llenan los rumores del mundo y le oscurecen la visión del cielo, están los nuevos fariseos, los nuevos publicanos, capaces de vender, como Judas, al Maestro y al Justo. Están los hipócritas que silabean la letra de la Escritura, sin comprender su sentido, sin descender á su fondo donde brotan las fuentes de la gracia. Están los histriones del cristianismo, harto más peligrosos y temibles que los francos enemigos de la ley cristiana. Miran á Jesucristo, hijo de Dios, con cierta lástima ponderativa, como si fuera un ciudadano condenado injustamente por el Jurado popular.

Le compadecen en tono ligero, le cuentan los cardenales y las heridas cuando desfila en efigie ante su indiferencia disfrazada de caridad. Luego tornan á *lo suyo*: es decir á *sus carneros*, á sus apetitos terrestres, á sus bajas sensualidades, á sus juegos y cálculos de amor y fortuna. Sólo un momento, entre dos frases de un diálogo profano, extremadamente profano, *el pobre Jesús* les interesa. No les interesaría menos, ni más, cualquier *pobre hombre*.

Cristo murió en el Gólgota para resucitar; después ha muerto en el desierto helado de la impiedad moderna y de la hipocresía entronizada, para sólo resucitar en unos cuantos nobles y humildes corazones. Los pseudo-cristianos han contribuído en primer término á darle esta segunda muerte. Y la Iglesia militante, dando en las catedrales y en las capitales excesivo aparato escénico al culto, haciendo del Redentor un simple actor de tragedia, ha empequeñecido la Redención.

La figura de Cristo, adquiere en los campos, en-

tre los sencillos, su propia sencillez divina. Nada aquí se interpone entre el creyente y la fé. Cuando llegan los días lóbregos de la Semana Santa, la divina víctima penetra en los hogares hospitalarios y en las conciencias limpias. *Todos le conocen*. Es el bueno, es el padre. En cada casa, *Cristo está en su casa*.

Porque estos cristianos, cual los confesores primitivos, están muy cerca de la Cruz. Los otros, los de las adoraciones aparatosas é irrespetuosas, están muy lejos.

El misticismo siempre se reveló en las soledades, ó, si nació en el mundano tumulto, huyó al campo para permanecer y crecer.

El misticismo es la visión *directa* del más allá.

* * *

Teror goza fama de ser una población *levítica*, como cierto amigo mío, ya difunto, llamó una vez á La Laguna en tono de reproche. Si Teror merece el adjetivo, y si encierra un cargo, puntualicemos inmediatamente que, á pesar de ello, Teror sabe divertirse con mesura y comedimiento. No le apesara el ánimo una devoción concentrada y sombría; aunque contempla el cielo, no pierde de vista la tierra. Vive una vida laboriosa, feliz y saludable al abrigo de su santuario; la Virgen del Pino, madre complaciente como todas las madres, acepta sus piadosos tributos sin exigirle la rigidez de los anacoretas en los yermos.

Los muchachos terorenses son alegres, despreocupados, fáciles al holgorio; pero, al mismo tiempo, corteses en grado sumo, afectuosos, correctos, honrados, fundamentalmente serios, simpáticos. Son *juventud* en todo el significado de la palabra. En ninguna parte de la isla —estoy seguro,— se encuentra una falange juvenil tan adornada de buenas prendas y altas virtudes. Todo acto que ellos organizan ó en que ellos intervienen, es un alarde de la cultura local; cultura de la que se han constituido en fieles custodios. Su entusiasmo por las cosas del pueblo corre parejas con su admirable sentido de las conveniencias sociales. Y los viejos tienen las mismas cualidades de los jóvenes, que éstos han heredado. Así se comprende bien la atracción de Teror sobre los forasteros. La villa se queda con todos los que la tratan...

Pero hablábamos de los días santos, celebrados en Teror suntuosa y austeramente. Epoca de recogimiento religioso, de piedad sincera, en que la Villa se prosterna, toda enlutada y afligida, ante la Cruz de Cristo. Tampoco en ningún otro lugar de Gran Canaria, acaso del Archipiélago, tiene la Semana Mayor semejante relieve de patética y poética hermosura. Los oficios sagrados toman un carácter solemnísimos; cada día salen de la parroquia procesiones magníficas que van hacia los campos, seguidas de una inmensa multitud fervorosa. Hay algunas bellas efigies.

Acaba de pasar frente al balcón de la fonda donde me hospedo, la procesión del mártir santo. Cristo á la Columna, San Juan, la Virgen Madre... Los aldeanos, venidos en devota romería de todos los «pagos» del contorno, forman una masa compacta y

obscura, sobre la cual flotan las mantillas blancas y negras de las mujeres á la dulce brisa de la tarde. El gentío se apreta y arremolina como un rebaño tras las sacrosantas figuras; la agitación de las mantillas, graciosas y ondulantes, da una nota pintoresca al conjunto. Los «pazos» avanzan lentamente; cerrando la comitiva, van los señores del Ayuntamiento en actitud muy grave, y un extraordinario número de fieles que portan cirios encendidos. La muchedumbre vence con fatiga la pendiente de la vía empinada y agria, una verdadera calle de la Amargura. Y el alegre fausto primaveral envuelve la Pasión en una templada, adormecedora caricia. ¡Hermoso espectáculo!

El Cristo á la Columna que posee Teror, es de Luján Pérez. Sirvióle de modelo al artista canario la escultura del mismo asunto y autor desconocido que se venera en la iglesia de Santo Domingo, en Las Palmas; no la aventaja en méritos estéticos, pero es obra de notable belleza. Jesús martirizado tiene una expresión divinamente serena y suave. Todo en su rostro denota mansedumbre, aceptación del sacrificio. Se advierte que asiste al Dios-Hombre una celestial fortaleza y que en él lo humano está divinizado. Allí no hay más que espíritu resplandeciendo sobre las vestiduras carnales, sobre las apariencias físicas. La anatomía, simplemente maravillosa; apenas se concibe una mayor perfección de formas y líneas.

Para examinar de cerca la valiosa estatua, luego voy á la iglesia, donde un antiguo amigo, Antonio González Hernández, hermano del cura párroco, Don Juan, me permite estudiarla, hasta tocarla con mis dedos irrespetuosos de diletante artístico. El

también la palpa con los suyos, manchados de cera y olorosos á incienso. Mira,—exclama,—esta pierna en flexión admirable, estas venas, estos tendones, estos músculos, estos nervios; este tórax insuperablemente modelado, este costillar .. Observa de qué manera sobria y clásica, sin rebuscamientos ni exageraciones efectistas, sin retorceduras ni chafarrinones sanguinolentos, toda la figura está tratada. El cincel de Luján debió ser guiado por un angel, puesto que sólo los angeles pueden comprender á Dios, porque lo han visto.

Cierto, cierto .. Y Luján muéstrase en esa obra en el pleno dominio de su técnica magistral. No fué sin duda un artista lego, intuitivo, *espontáneo*—¿acaso puede ser compatible la espontaneidad con el arte?—el que tal realizó. Fué por lo menos un estudioso, y debió y necesitó estudiar sin descanso. No se comprenderían, si no, sus acabadas interpretaciones.

* * *

¡Domingo de Pascua de Resurrección! La primavera entra en mi aposento triunfalmente: el sol llega hasta mi lecho, cantan cerca los pájaros y saludan jubilosos mi despertar.

Desde la aurora hay gran ruido en la calle; se oyen las recias pisadas de los aldeanos que vienen á la procesión *que sale con el día*... Las botas ferradas resuenan sobre el empedrado como una metralla y en

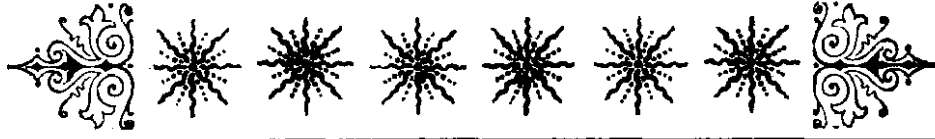
el aire chasquean los cohetes. Cristo resucitado avanza hacia los campos como una bendición, como otra aurora. Le sigue el mismo gentío que le acompañó en su marcha al Calvario durante las jornadas cruentas de los días anteriores; le pone una diadema de fulgores la Pascua florida y le besa la frente *el oloroso Abril*. La música del Municipio le saluda con transportes de alegría. Algunos, en el cortejo, le cantan alabanzas.

Es una mañana radiante, apoteósica, marco apropiado al divino misterio. Hoy son blancas todas las mantillas y todas las mujeres parecen traer en los ojos el deslumbramiento de la Resurrección.

Vuelve la fé campesina, la fé del carbonero, á manifestarse cándida é ingénua. Se acabó el luto que era verdadero dolor de las almas; Jesucristo, al dejar su sepulcro, no encuentra aquí sepulcros blanqueados donde nuevamente le entierre y hunda la hipocresía farisáica, la impiedad de sus falsos confesores. Revolotea por los ámbitos la *alleluia*, como una paloma mensajera.

También al amanecer, fué la traición ejecutada en un simulacro de la persona del infame Judas. Los muchachos terorenses, esos mismos jóvenes que organizan los bailes del Casino y las fiestas campesinas, habían fabricado un figurón irrisorio, un pelele grotesco, en cuyo vientre metieron gran cantidad de pólvora; tronadores y artificios pirotécnicos.

Ardió lentamente Judas, pero no quiso estallar. Toda aquella artillería mojada se le quedó dentro. La vergüenza es silenciosa.



La Patrona

DESDE el fondo de su camarín, aquella *virgencita* que un día se apareciera en forma milagrosa sobre un pino, cerca de su actual santuario, ejerce uno de los más grandes señoríos espirituales. Estos señoríos de los símbolos religiosos en las esferas infinitas del espíritu, son una cosa que no se discute, que no debe discutirse. Constituyen una fuerza inmaterial imponderable. Nada tan serio ni tan alto como los fenómenos de la creencia. Con ellos la visión interior se hace prodigio, la realidad se transforma en maravilla sobrehumana, los móviles éticos se depuran y la vida adquiere un profundo sentido luminoso.

El señorío de la Virgen del Pino se extiende á toda la provincia; más allá de ella, en el destierro de la emigración, en los remotos países americanos, la Señora aún reina, manda y edifica dulcemente. Sus fieles experimentan desde lejos con mayor imperio la atracción que irradia de la imagen prestigiosa.

No ha mucho una pobre mujer, residente en Cuba, escribióme para pedirme, como gran merced, que

le enviase una fotografía de la Virgen. Quiero verla antes de morir,—diciame en su carta; hace muchos años que sólo la veo en mi pensamiento, en mi memoria. El mayor consuelo á que hoy aspiro es contemplarla reproducida bajo cualquier forma y mirarme en su rostro al punto extremo y amargo de la muerte. No eran estos los términos mismos de la súplica, pues se trataba de una persona casi analfabeta; pero sí era este su sentido.

Yo le envié una tarjeta con el retrato de la Amadísima. Volvió á escribirme torpemente la anciana para expresarme su agradecimiento por el servicio, que estimaba supremo. ¡Cuánto he llorado—encarecía,—al volverla á ver y qué bien me han hecho esas lágrimas! Dios le bendiga á usted, y le premie.

El caso no es único; los devotos de la Virgen del Pino llevan á todas partes su devoción, su recuerdo. La buscan en las tinieblas del dolor como un faro; la llaman en las tribulaciones como una esperanza; la invocan en las enfermedades como una medicina. Hasta los menos doctos, aclarada su inteligencia por el intenso sentimiento de sus amores, aciertan á dirigirle frases aquilatadas y conmovedoras. La fé tórnales elocuentes; la aridez de su intelecto no cultivado echa flores. Los que aman mucho, á lo humano ó á lo divino, adquieren cierta finura mental.

La Virgen del Pino recoge desde el fondo de su urna la cosecha, cada vez más ópima, de las ofrendas, las plegarias, los ex-votos y donativos. Todo eso, arrojado á sus pies por el fervor ardiente del culto mariano, tributo de las generaciones, afirma su soberanía; y prueba que se ensancha sin límites. Tuvo también *poder temporal*, extensas propiedades hoy amortizadas, entre otras el magnífico Barranco

llamado de la Virgen. No las necesita; la porfía piadosa de sus devotos procura á su templo medios bastantes para mantener un culto más que decoroso. Esa iglesia de Teror pone en sus funciones y ceremonias un boato catedralicio.

En nombre de la Virgen protectora, el pueblo lo hace todo, todo lo emprende. *Ella* proveerá y resolverá, indicando los buenos caminos á la ciudadanía que lucha, fija la mente en el bien común. A ella se apela siempre en última instancia.

La efigie es una escultura menos que mediocre, correspondiente al tipo de las imágenes entronizadas y milagreras con su leyenda de maravillas y su historial de prodigios. Apareció sobre la copa de un pino en un día de bendición para esta comarca. Proviene de ahí su segundo nombre, que llevan muchas mujeres canarias, y que fuera del país no tiene significado. Nuestras innumerables Pinos testifican la extendida devoción á la patrona de Gran Canaria.

La he visitado en su camarín, subiendo escaleras y atravesando salas conventuales, llenas de objetos sagrados, ese interior de los grandes templos donde el culto se nos ofrece bajo formas harto familiares y sencillas. La mano del cura, celosa, delicada, ha pasado por todo aquello. Hay un orden que no suele observarse en las sacristías de las iglesias aldeanas. Cada cosa, en su sitio; un Cristo preside la armonía de aquel hogar eclesiástico, saturado de un olor especial, más bien mezcla y conjunto de olores en que se percibe el de la cera, el del incienso, el de las viejas casullas intensamente sahumadas, el de los óleos y las mirras. *Olor de iglesia*, muy complejo y característico. No recuerdo si había en alguno de los claros rincones uno de esos relojes típicos también de

los templos campesinos, venerables como patriarcas. Pío Baroja los ha descrito admirablemente. Son unas largas y estrechas cajas verticales en cuya parte superior están la esfera y el horario de porcelana; á través de un cristal se ve el péndulo en su ir y venir eterno marcando las horas soñolientas de la contemplación divina y de la plegaria suplicante, horas *que se duermen...* No recuerdo si los ví en la sacristía del santuario de Teror, pero los he visto en muchas otras, más humildes, y siempre producíanme la misma impresión desconcertadora, como si el tiempo estuviera también dormido

Atravieso una puerta de roble ricamente labrada en menudos cuarterones, maciza y solemne; uno de los párrocos, mediano apreciador de las bellezas artísticas, la mandó pintar para hermosearla, y una capa de pintura verde ocultó los resaltes y arabescos. Después, otro párroco más inteligente, creo que el de ahora, don Juan González, quiso reparar el desaguisado estético y ordenó que la rasparan. Se cometen no pocos estropicios análogos en las parroquias rurales, obra de la incultura del bajo clero.

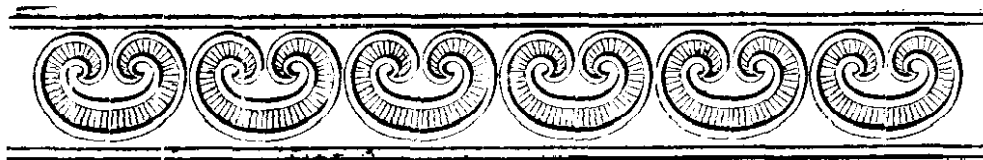
La Virgen del Pino posee un vestuario suntuoso y gran número de joyas, ofrendadas y hacinadas por la piedad dadivosa de una larga serie de generaciones. El tesoro es valiosísimo: coronas, collares, anillos, sortijas, piezas de oro antiguas, un muestrario de orfebrería profana aplicado á adornar el cuerpo divino de la Patrona, un surtido de pequeñas preciosidades que valen centenares de miles de pesetas. Hay una inmensa esmeralda tallada en forma de rana, de luces purísimas, y perlas á montones, y no pocos gruesos brillantes. Toda aquella riqueza representa el materialismo de la religión que no se sa-

tisface con plegarias, sino que además se derrocha en donaciones costosas y se da en mundanas vanidades y en tributos paganos. El sentimiento religioso *se humaniza* en tal forma fatalmente.

Famosa en todo el Archipiélago es la parroquia de Teror por todo esto. En otro capítulo doy la impresión de la fiesta de la Virgen, el ocho de Septiembre, una de las romerías más populares y pintorescas que se celebran en el país, grandioso espectáculo de fé espontánea y ardorosa complicada con un poco de paganía.

Teror, en esa fecha, se congestiona; su población, que apenas alcanza á mil habitantes, aumenta y desborda al recibir el contingente de peregrinos que afluyen de todos los puntos de la Gran Canaria.





Teror - Arúcas

LA nueva carretera que ha de comunicar estos dos pueblos y estrechar sus relaciones, será acaso la más hermosa de la isla. Desde ella se descubren panoramas que son encanto de los ojos. Deja atrás el puente de Teror tendido sobre un barranco sumamente pintoresco, como hay tantos en la comarca; el pino archi-centenario y colosal que lo sombrea, maravilla de la vegetación; el pequeño ensanche del poblado que avanza hacia el amplio camino con su serie de modestas, pero alegres y lindas construcciones, el rústico caserío encaramado en la altura entre flores silvestres, cañaverales y pequeños plantíos de maíz ó patatas, y se desarrolla en caprichosos zigzags, sin perder nunca de vista las montañas ni el mar risueño.

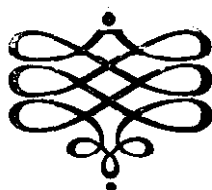
Allí donde acaba la calle que lleva mi nombre, hoy avenida anchurosa y espléndida, con su doble línea de elegantes acacias, con sus aceras recién terminadas, empieza la carretera de Arúcas. Bordea los bosques de castaños de Osorio, en medio de tierras maravillosas por el manto de verdura matizada que las cubre. El paisaje, conforme avanzamos, se torna

cada vez más atrayente y cautivador. A la derecha, los montes coronados de nubes, las cañadas sombrías en que la luz del sol enciende tornasoles y hace brillar la plata de los álamos sobredorándola; los eucaliptos, grises y severos, en inmensa muchedumbre; los maizales y trigales... A la izquierda, en profusión é invasión soberbias, incontenibles, los castaños de la gran finca que se destacan, cuando están cubiertos de ramaje, sobre la tierra roja, de un ardiente color sanguíneo. Entonces aquel paraje recuerda esos cromos agresivos, de dos ó tres tonalidades demasiado intensa; que al contemplarlos, hieren, ofuscan y fatigan la mirada. Esta sensación cromática, embriagadora, desconcertadora, yo la había sentido en Río Janeiro ante el prodigio de colores fuertes, el añil del mar, el bermellón de las colinas, el glauco de las frondas selváticas, ante la orgía y el incendio que es allí la naturaleza. En Osorio se recibe la misma impresión atenuada; pero sólo en Osorio se interrumpe el carácter uniforme de placidez bucólica y luminosidad discreta, propias de la campiña teroreense. Después cesa *el drama*—admitamos la frase—, y sigue el idilio...

Sigue en el despliegue de dulzuras y blanduras que el campo nos brinda; preponderan los blancos poéticos y como esfumados deliciosamente sobre los fondos verdes y azules; parecen correr asustadas, al paso del automóvil, las eternas casitas albas y floridas, con sus guirnaldas de rosales trepadores y sus manchas sangrientas de geráneos bermejos; la nieve movable de los rebaños brilla en las cumbres, asaltadas y conquistadas por la bruma, mientras en las profundidades de los valles frondosos espejea el argento de las fuentes, las acequias y los embalses.

Las yuntas de laboriosos bueyes parecen trabajar en sueño, dóciles al agujoneo y al yugo, pero llenos de melancolía, protestando á su modo contra el hombre que las obliga á moverse... Ese animal tardo y pasivo, en todas partes evoca la imágen de la pereza violentada, convertida en actividad por el egoísmo humano; en Teror, más que en ninguna. Y eso es porque en Teror, como en los países del norte de España, la tierra no abruma á los seres, sino que los penetra de dulcedumbre, los colma de amor triste y los adormece en su seno. Trabajan todos; pero todos preferirían holgar y contemplar.

La carretera de Arucas, hermosísima, tendrá poco más de diez kilómetros de recorrido; las obras, interrumpidas durante largo tiempo, se continúan ahora con mucha diligencia. Dentro de un año, si no sobrevienen nuevos contratiempos y suspensiones, estarán ultimadas. Y Arucas y Teror se acercarán para darse un abrazo de buena amistad, de cariñosa simpatía...





La Gran Cruz

DESDE mi ventana, al levantarme, mis ojos buscan la Gran Cruz que, erguida en la más alta cima, abre sus brazos sobre todo el valle de Teror.

La pusieron allí, con mucho alarde de sentimientos cristianos, cuando entró el siglo XX, para que fuese el símbolo de la Fé visible á todos, la representación de la esperanza, el punto supremo hácia donde convergieran las miradas, los anhelos y los amores. Allí está, humilde y dominante como la doctrina de Jesús, que simboliza.

Por encima le pasan las tempestades sin conmovérle; en sus maderos desnudos, trágicos, imagen de la desolación, se detienen y cantan melancólicamente los pájaros, peregrinos del aire, como en la tarde lúgubre del Calvario acudieron las golondrinas en torno de Cristo; al nacer y al morir el sol, la besa cariñosamente, piadosamente...; en las mañanas deslumbradoras y en las tardes lívidas, derrama su tristeza desde la altura, destacando su eterno luto sobre el regocijo del azul...

Emblema de una agonía y una resurrección que lo fueron para la familia humana, no sólo para el Di-

vino Crucificado, aquel árbol muerto, aquel árbol sin hojas, pero henchido de savia espiritual, penetra en nuestro corazón, como ha penetrado en el de tantas generaciones. Más fecundo que todos los demás árboles, parece que todos le tributan vasallaje. Parece que se van á prosternar ante el árbol único de cuyas ramas secas brotan sin término raudales de piedad, frutos de gracia. Al mirarlo fijamente mis rodillas flaquean y mis ojos se llenan de lágrimas.

Es la Cruz puesta en la cumbre por un pueblo de creencias sencillas y firmes; el simulacro del Sacrificio, la enseña del Rescate, la cifra de un pensamiento salvador materializado y grabado en forma gigantesca. El símbolo pagano de la estrella Vénus, cuando muere el día, luce como un lirio luminoso ó como un cirio litúrgico sobre un brazo de la Cruz y, después de besarla, se aleja... Los caminantes la buscan, lo mismo que yo desde mi ventana; los afligidos la invocan, la ensalzan los favorecidos con la dádiva celestial del consuelo que les envía. No hay, en contorno de muchas leguas, quien no le pida la bendición.

Y la Cruz, viuda inconsolable, instrumento de la mayor tragedia, árbol sin hojas plantado en la cúspide de la historia humana, florece y fructifica entre los fríos del invierno igual que entre las caricias sensuales de la primavera amorosa. Y cuando Mayo le echa flores, las flores, cortesanas, mueren arrepentidas á sus pies. .



Conversación con un pastor

ENCUENTRO aquí *hombres primitivos* que conservan perfecta la salud moral de la infancia; hombres que aún no tienen ni nunca tendrán la segunda naturaleza de la cultura; hombres *elementales* cuya vida se rige por los instintos, é instintivamente se orienta hacia el bien. Nada saben de Dios, ni del mundo, ni del pasado de la especie; pero, en rigor, todo lo saben. Les asiste la fuerza de adivinación profunda que, en los viejos profetas, rompía los velos del tiempo y las limitaciones del espacio.

Son duros, rocallosos, resistentes y persistentes; diríase desprendidos de la montaña y, sin embargo, se la traen con ellos. Se han hecho fuertes en la soledad. *Minerales simples, sin agregaciones*. La educación ciudadana no los ha falsificado; la comedia social no los ha pervertido. Volverán, como Job, desnudos al seno de la tierra; pero jamás se vistieron. *Sus almas vírgenes tiemblan cuando las toca la mano impía de la civilización*. Temen á los civilizados, como se teme á lo desconocido.

Los grandes misterios se les transparentan en las contemplaciones de las alturas. Dicen cosas inte-

resantes ó inquietantes con palabras de suprema sencillez. Sienten, pero no definen, lo supra-terreno. Los *motivos* humanos, las pequeñeces y bajezas, las estiman como jueces en fórmulas de una instintiva jurisprudencia axiomática. Así, después de un descenso revelador á la propia conciencia, debieron juzgar y sentenciar los patriarcas, los jefes de las tribus, antes de que la justicia se organizara y se hiciera histórica, que fué hacerse corruptible.

Esos hombres vienen puros de lo alto; puros como el hielo, como la mirada de las estrellas que les sigue protectora en el reposo augusto de las nocturnidades, mientras duermen, cara al cielo, su intensísimo y efficacísimo sueño animal... Y mientras laboran, durante el día, allá en el fondo de su espíritu sin repliegues ni complicaciones, escuchan la voz de lo divino; les acompaña la inspiración de las ideas eternas que nosotros, refinados, desvirtuamos y empequeñecemos al encerrarlas en fórmulas.

—¿Quien es Dios?—le pregunto á un primitivo de éstos, como si le disparara un pistoletazo.

—Dios,—me responde,—es *mi padre*; no sé decirle más á su merced. Si quisiera nombrar á Dios de otra manera, no podría. Decir padre es decir creador, amigo, juez, compañero. Es decir *padre y madre*. Tenemos padres porque hay Dios, y hay Dios porque tenemos padres.

Quedéme maravillado. La definición del rústico era un sentimiento, más bien un presentimiento. Comprendemos cuando sentimos entrañablemente.

—Y tú, ¿qué sabes del mundo, de ese mundo que no conoces?

—Nada. Me he acercado á él muy pocas veces, y me ha dado cortedad, y *no he visto la hora* de

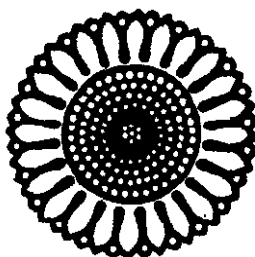
volverme á mis vacas y mis trigos. Y me sentí triste cuando volví; y púseme á mirar un avispero, y el avispero me enojó porque se asemeja mucho al mundo que yo ví, llevándole ventaja.

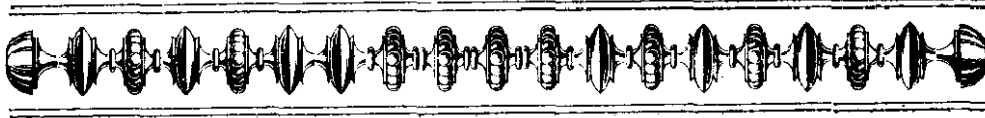
—¿Qué opinas de la política aldeana con sus caciques y sus picardías y sus engaños? ¿Esa, la conocerás, sin duda?...

—La conozco por el olfato; sólo sé que huele mal.

He puesto en literatura las frases del patán para que no olieran á gañanía, aunque siempre olerían mejor que la política lugareña, cuya fetidez se le mete por la nariz y le produce bascas.

¡Oh, adorables *primitivos!*





En plena Edad Media

EXTRAÑO espectáculo el que el domingo ofreció el pueblo de Teror á los forasteros que aquí están pasando temporada. Para verlo bien, y para describirlo, yo me trasladé al punto donde iba á producirse aquella manifestación de fé y de voluntad colectivas; lo estudié luego en sus distintas fases, en los varios momentos de su desarrollo, y ví surgir y actuar una fuerza esencial con cuyo auxilio las sociedades humanas logran árduas empresas.

Esa fuerza, brotada del espíritu, tiene una potencia incalculable; concretase en obras materiales, pero siempre la rige y disciplina un fin espiritual. Por ella se han hecho en el mundo las cosas mayores, las más altas. Creer primero; trabajar después, bajo la sugestión de una idea que concierta y unifica los esfuerzos de las muchedumbres. Así los pueblos en desgracia ó en esclavitud atravesaban los *desiertos cantando el himno del rescate*; así las gentes antiguas densificaban su brío en torno á un común anhelo ó propósito, y subían las construcciones monumentales, labor y honor de todos.

Sería preciso retroceder en el tiempo hasta si-

tuarse en plena Edad Media sobre la montaña ideal de una fé primitiva, simple, espontánea, para comprender el movimiento de las almas que ha alentado tantos cuerpos en un trabajo de hormiguero ó colmena, elevada y sutilizada infinitamente la visión...

* * *

Quísolo el cura de la parroquia, y el cura todo lo puede, porque ha sabido hacerse amar y respetar. Es en su ministerio un obrero perseverante, un ardiente apóstol. Se ha dejado la vida entre las zarzas de su misión evangélica, de cara al cielo, sin un desmayo ni un olvido.

El milagro que acaba de realizarse en su grey, me recuerda una célebre dolora campoamorina: la de aquel cura que, para allanar un monte y poder ver desde su casa el océano, recurrió á las mujeres prometiéndoles: *á las que una piedra se traigan del monte, Dios le dará un hijo, quizás dos...*

No ha necesitado don Juan González poner á prueba el instinto de la maternidad. Bastóle decir: *yo lo quiero*. Se trataba de renovar el piso de la basílica y había que acarrear la arena y la tierra sobre cuyas capas se asentarán las losas del nuevo pavimento. El párroco convocó á sus fieles y, en frases sencillas, les manifestó que, no él, sino la Virgen del Pino, lo mandaba.

Y una multitud de obreros voluntarios, sobre todo obreras, venida desde todos los «pagos» y case-

ríos de los contornos, sumándose al vecindario entero de Teror, ha acometido la faena *religiosamente*. Hace tres semanas empezó el acarreo. Del fondo de un barranco, en las afueras de la villa, las mujeres suben la tierra en sacos que cargan sobre la cabeza; los hombres se los llenan, y los reciben y descargan en el sitio donde los carros la recogen.

El transporte en carros ó en bestias se realiza gratuitamente; nadie cobra nada por ningún servicio.

El cura lo ordena, la Virgen lo quiere.

* * *

El domingo último, acudieron más de dos mil personas al doble llamamiento. Había niños que podían apenas con sus manos débiles portar la carga, y ancianas decrepitas que se arrastraban sobre sus báculos solicitando apoyo para vencer con la suya la áspera pendiente. Era una fiebre de actividad constructiva, un loco afán, un ir y venir fatigosísimo, por el estrecho sendero; subían y bajaban jadeando las humanas hormigas, movidas de la fuerza esencial de la Fé. Reconocida esta fuerza, señalada su presencia prodigiosa, como una mina de oro, y su poder incalculable, hay que admirarla. De un modo semejante los antepasados levantaron, piedra tras piedra, el santuario de la Patrona, arca santa, mágica urna. Este pueblo es *un buen sujeto*.

Cuando, al descender la noche, dulce y serena, la multitud tornó á la villa, mis ojos contemplaron un cuadro *de otros tiempos*.

En primer término, *la caballería*; es decir, los arrieros montados en sus mulas, una quíntuple fila de rústicos ginetes, la herramienta al hombro, una pintoresca vanguardia; detrás, en tropel, en apiñamiento compacto, en masas apretadas y oscilantes, las mujeres con sus taleguillas á la testa. Imaginamos presenciar el episodio de una derrota, la evacuación de una tropa vencida que desfilaba con armas y bagajes, y presenciábamos un triunfo de las grandes potestades del pasado, una victoriosa entrada y conquista. Abría la marcha el párroco, alborozado y arrogante, como un caudillo vencedor. Caudillo pro-Christo, arengó á sus huestes junto al santuario.

—¡Viva el ejército de la Virgen —gritó.

Y el pueblo cantó á la patrona una letanía.

* * *

Es en verdad un ejército *movilizado* para cualquier empeño de progreso, de paz y de cultura.

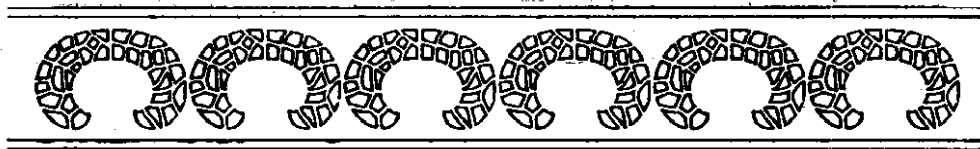
Conquista lo humano para entrar en lo divino. Muy bien. Mas esa fuerza esencial de la Fé, secularizada la mira, bajada la orientación, ¿no podría aplicarse á objetivos de interés social? —Yo creo,—le digo á don Sebastián Medina, que está á mi lado, un Alcalde modelo, popular, queridísimo,—que si usted se lo propusiera, este pueblo levantaría hercúleamente sobre sus hombros el edificio de una escuela

moderna, como acarrea los materiales para la reforma del templo.

El Alcalde, convencido, conmovido, hace un ademán de aquiescencia y añade: —Se hará.

No hay duda que se hará; eso y cuanto el cura y el Alcalde quieran.





La fiesta del Pino

ME encuentro en la villa de Teror, á donde vine para presenciar la célebre fiesta y romería del Pino. Escribo en medio del bullicio con que los últimos romeros se retiran, á la vista de las montañas que se recortan nítidamente sobre un maravilloso cielo azul, bajo la caricia adormecedora de un ambiente que me invita al sueño, ó mejor, al ensueño. El paisaje, hermoso de suyo, acrece su belleza con las luces de esta mañana primaveral en que todo suavemente ríe: cielo, tierra y mar... Parten en este momento los últimos carros de los feriantes, verdaderos carros de gitanos, enormes y pesados vehículos, llevándose en montón la retaguardia, la reserva de la masa humana que, por espacio de tres días, ha invadido Teror.

El espectáculo es original, extraño, pintoresco. Hombres, mujeres y niños van mezclados, confundidos, en forma de apretada piña, en promiscuidad repugnante y mal oliente. Evocan la visión teatral y pictórica de esas caravanas de bohemios que pasean por el mundo entre sórdidos andrajos el espíritu re-

belde de la eterna raza nómada .. Este espíritu llora en las notas desgarradas de las guitarras que amenizan el desfile, en la ronca voz de los cantadores, en el chirrido de los desvencijados carromatos, en el rostro pálido y ojeroso de las mujeres, en el sonsonete de las coplas moribundas, en el gemido de las criaturas olvidadas y como abandonadas por sus madres. El maleficio del alcohol produce estos postremos de espasmos de la gran muchedumbre.

Los que se marchan tienen prisa: prisa de huir, prisa de volver al ritmo ordenado de la vida ordinaria. Recogen sus bártulos y toman por asalto las inmensas carretas. La tribu se desbanda en medio de la magnífica aureola de un sol de primavera, en medio de una apoteosis de la naturaleza que hace brillar como un «arca sanctorum» el santuario.

Ha concluido la fiesta sin incidentes ni desórdenes á pesar de la confusión del gentío, en que se mezcló la hez de la plebe. Desde los puntos más lejanos de la isla vinieron en oleadas los peregrinos, atraídos por una fé primitiva y candorosa. Cada sendero presentaba, en la víspera, la apariencia de un humano hormiguero. Las gentes llegaban bailando, cantando, entonando himnos á la Virgen, y formaban alrededor de la iglesia su campamento. No menos de diez mil personas tomaban posiciones en la plaza, en las calles y en las cercanías del pueblo, que apenas cuenta mil habitantes. Casi todas han tenido que dormir *á la belle étoile*.

¿Qué sentimiento ó qué instinto mueve á toda esa multitud? Indudablemente un móvil religioso, aunque desnaturalizado y quizás pervertido en sus manifestaciones externas. En torno del santuario se bebe, se canta, se baila, se grita y se disputa; pero

cuando la imagen de Nuestra Señora del Pino aparece en la puerta del templo cesan como por encanto todas las voces, todas las conversaciones, todos los ruidos; callan las guitarras, truécase la general inquietud en un movimiento de prosternación y reverencia. Algunos de los presentes caen de rodillas; los cohetes atruenan y anublan el aire; los campesinos quedan como en éxtasis, absortos en la contemplación de la efigie sagrada y amada.

Es el instante en que sale la procesión, instante de una grandiosidad indescriptible. El trono de la Virgen, suntuoso, todo de plata, hiende y rompe las estrechas filas del concurso y, á su paso, van cayendo de hinojos como heridos de un rayo de fé los romeros y feriantes que poco ha alborotaban con sus porfías de mercaderes, ó con sus báquicos excesos. Hácese en el mercado un silencio místico, claustral. Nuestra Señora pasa entre homenajes mudos y severos, entre cabezas inclinadas. Es una vieja escultura, pequeña, envuelta en sedas y oros, sobrecargada de joyas, como ahogada y eclipsada bajo la pedrería que le han ofrecido muchas generaciones de creyentes; una reliquia fundida con un tesoro. No importa. Las miradas van á ella como si fueran al cielo. Las almas la buscan y la llaman; hasta los escépticos sienten pasar el soplo de un no sé qué divino á cuyo influjo los pueblos infantilmente sencillos viven en perpetuo arrobamiento.

Es hermoso, mírese como se mire. Detrás del trono que atraviesa con lentitud y dificultad el apiñado gentío semejante á un rebaño apelotonado, marcha bajo palio, revestido de los ornamentos pontificiales, el Obispo de la Diócesis; varios capitulares acompañan al Obispo, cuya mano se extiende sin cesar so-

bre la multitud en un ademán de bendición. Las campanas de la iglesia voltean, alegres; los cohetazos y los morteros estallan en cien puntos; largas líneas de cirios encendidos encuadran el cortejo, que avanza entre deslumbramientos de la gloria del sol matinal!... Chispean los brillantes de la corona de la Virgen, y el rostro inexpresivo de «la preferida» parece animarse y colorearse en la emoción del triunfo.

La comitiva procesional da la vuelta al santuario con el mismo orden y el mismo prodigioso recogimiento. Los voladores zigzaguean en el espacio como serpientes luminosas, explotan á los pies de los espectadores y entran silbando por las ventanas de las casas como mensajeros de alegría. Son un tributo de fuego ofrecido á la madre de Dios, la realización de otras tantas promesas. Los que no ofrecen velas de cera, ex-votos y donativos en metálico, ofrecen cohetes; centenares de pesetas quedan así, en pocos minutos, convertidas en humo...

Al regreso de la procesión, el trono de Nuestra Señora hace una parada en la puerta del templo, de frente á la muchedumbre: es el momento de «la despedida». Se oyen gemidos, imploraciones, súplicas, frases de pasión religiosa exaltada hasta el delirio. Los favorecidos le dan gracias. ¡Volveremos el año que viene!—claman muchos,—si nos das vida, y nos sigues dispensando tu protección! El Obispo y su séquito eclesiástico, de rodillas, adoran brevemente la santa imagen. Los cohetes, lanzados en grandes haces, fingen al estallar sobre aquel oceano humano, el tableteo de continuados truenos. . Visto desde lo alto, como lo ví yo, el cuadro resulta artísticamente magnífico é inenarrable.

Una vez al año la calma de Teror se interrumpe con estas fiestas, medio religiosas, medio profanas. El *maremagnun* de la feria de ganados y de las transacciones mercantiles, realizadas junto al templo, se une á las manifestaciones devotas de los incontables romeros. Toda Gran Canaria por todos sus caminos, desde todos sus rincones, desde todas sus cumbres, envía á Teror caravanas jubilosas que la invaden completamente y se desbordan de sus muros por la bella campiña. Los peregrinos llevan consigo provisiones, menajes, tiendas de campaña, como las tribus emigradoras. Arman sus ventorrillos é instalan su campamento en la plaza, duermen sobre las aceras en «pele mele», horrible, ó no duermen, entregándose á las ruidosas expansiones que convierten la romería en juerga.

Se comprende que la parroquia de Teror sea la más rica de la isla, gracias al prestigio y atracción de su Virgen del Pino. El total de las ofrendas anuales asciende á muchos miles de pesetas. En dinero, en cera, y en objetos del culto, va acumulándose así, de año en año, un gran caudal. Además, la Virgen posee en alhajas una riqueza muy valiosa, como dije al principio: mantos costosísimos bordados en plata y oro, piezas de orfebrería antigua, collares, sortijas, brazaletes, esmeraldas enormes.

* * *

Sin contar esta fiesta clásica y tradicional, esta conmemoración del 8 de Septiembre, celébranse en Teror con frecuencia funciones votivas en ho-

nor de Nuestra Señora del Pino. Los «indianos» se distinguen en honrarla. Muchos vienen de Cuba exclusivamente para depositar su óbolo, su plegaria, su tributo á las plantas de la sacra efigie. Le atribuyen milagros asombrosos, curaciones mágicas, y la cándida fé popular no cesa de rogarle y de pedirle. Cuando la sequía se prolonga en la comarca, los terorenses sacan su Virgen á la calle, la pasean por los campos y esperan, llenos de confianza, la lluvia bienhechora que, según ellos, no debe tardar en caer como una bendición de las alturas.

Todo se lo piden. La miran como refugio de los pecadores, como consoladora de los afligidos, como paño de lágrimas, como universal proveedora y madre.

Siempre le están cantando la letanía.

* * *

No bien la procesión entra en el templo, comienza á desfilar la inmensa concurrencia, que se va como vino, en oleadas. El desbande es curioso. Los automóviles, los carruajes, los carros de transportar fruta utilizados para el transporte de romeros, las tartanas, los centenares de vehículos alineados á la salida de Teror á ambos lados de la carretera, recogen su gente y se la llevan en medio de nubes cegadoras de polvo, en una confusión heteróclita y mareante. Los que vinieron á pié, á pié se vuelven cantando y bailando. Los vendedores cargan fatigosamente el

resto de la mercancía, y la vocean y la ofrecen en todo el trayecto, siendo casi seguro que la liquidarán antes de llegar á los puntos de su procedencia.

Los ventorros, desmontados, desaparecen en el fondo de los carromatos, donde las turbas de gitanos tornan á amontonarse... En el camino hay numerosos despachos de bebidas, dispuestos para la circunstancia. Las libaciones continúan sin tregua, y ya sin duda muy pocos se acuerdan de la Virgen, en cuyo nombre y en cuya glorificación se refocilan hasta el agotamiento de su resistencia física, verdaderamente imponderable.

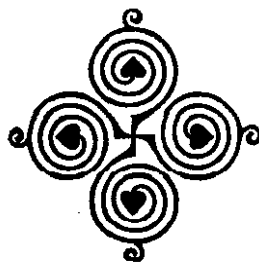
Otra vez los senderos semejan hormigueros humanos; pero de aquellas hormigas muchas efectúan un fructuoso acarreo, cargan el producto de un tráfico menudo y activísimo, hecho al abrigo de la devoción mariana y del santuario, mientras otras, las de más allá, se dejan todo lo que llevaron. Y en la disolución final de todos los placeres, les sonríe la esperanza de la festividad del año venidero, que será para ellas como esta, vana y estéril, y al término triste...

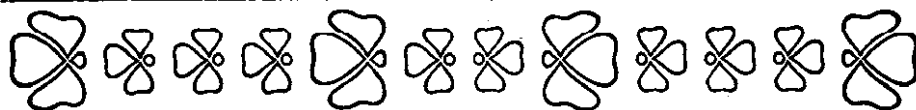
Sólo quedan en Teror las «turroneas», las primeras en llegar, las últimas en retirarse. Son las vendedoras de turrón del país, que siempre hacen buen negocio en las festividades populares. Con su caja de madera pintada, llena de la apetitosa golosina que tienta á grandes y chicos, su descomunal paraguas azul y su farol, constituyen en Gran Canaria una figura típica, una nota viviente de regionalismo.

Ellas no se irán hasta que haya partido el último romero, el último feriante, el último turista, porque aún esperan vender el último turrón. Las cajas se han

vaciado y se han vuelto á llenar muchas veces. ¡Nunca se acaba su contenido! Y ellas gritan, infatigables, á los rezagados: ¡Un turroncito para los niños!

A las diez de la noche todavía hay unas cincuenta turroneiras en torno del santuario, empeñadas en dulcificar á los juerguistas retrasados las heces del jolgorio.





La Fuente Agria

Abreve distancia del pueblo, la Fuente Agria hace correr sus aguas, milagrosas como la Virgen. Teror posee esos dos talismanes, de suprema atracción y virtud.

Un terorense no cesará nunca de hablar de la una y la otra. No las separa en su memoria ni en su culto. Su patriotismo local las aproxima, las confunde; se diría que las aguas corren por uno de tantos prodigios atribuidos á la Virgen, que han brotado de las entrañas del templo como un divino tesoro. Son su regalo, su orgullo, su alegría.

Lo son desde tiempo inmemorial. Teror ha bañado su alma en esa fuente saludable, confortadora, y allí el alma de Teror ha adquirido el temple de las nobles y finas espadas de combate. Cuando se trató de discutirle la propiedad secular, sagrada, de los manantiales que le han dado fama y fortuna, levantóse como un solo hombre; como un hombre herido en el honor propio y de la estirpe, blandiendo el arma de su dignidad cívica. Vióse entonces hasta que extremos lleva Teror su derecho de defensa ante las negaciones de ese derecho y los ataques para

arreatárselo. El pueblo pacífico tornóse belicoso; corrió á Las Palmas en desbordamiento imponente de energías y cóleras; alzó pendones de guerra desafiando á los osados caciques que amenazaban desposeerle de un secular patrimonio. Mientras los hombres luchaban allá con el mayor denuedo, aquí las mujeres y los niños cumplían la más activa propaganda, convertida su debilidad en actividad arrolladora. Se declaró el fallo del pleito asunto de vida ó muerte para Teror, sublevado, y algo tuvo de religioso aquel alzamiento imponente que arrastraba á la Villa toda con los satélites de sus aldeas y caseríos tributarios.

El grito de protesta atronó la isla; fué preciso oírlo y atenderlo, resolver en justicia. Jamás se ha defendido tan virilmente una colectividad humillada y herida en su decoro. Los obstáculos cedieron; se reivindicó la Fuente Agria, el agua de salud, el agua de redención para los terorenses. Si esto no se hubiera logrado, el pueblo hubiera llegado en su brega defensiva á los extremos más radicales.

De América enviaban estímulos, aplausos, auxilios en dinero y en votos de aprobación los hermanos emigrados. Uno de estos, Antonio Ortega, venido de Cuba expresamente á dirigir la campaña, puso en ella tanto tesón y arrojo, que el éxito final se le debió en gran parte. Fué la encarnación del espíritu de la Villa, un espíritu invencible que ha ganado sinnúmero de batallas. Triunfó de los que pretendían quitar á Teror sus aguas prestigiosas, y triunfó del caciquismo bajo cuya coyunda Teror no podía vivir.

Ortega en aquel momento, histórico para Teror, fué el hombre necesario. A Cuba llevó las capacida-

des creadoras y laboriosas de esta sufrida gente, y de Cuba les trajo, multiplicada por mil, la energía que llevó. Llegó á ser su nombre un conjuro y una bandera.

* * *

Después, la Fuente Agria, de aguas medicinales ya acreditadísimas en todo el territorio, ha aumentado su legítima celebridad, que hoy traspasa los límites de la provincia. El estruendo de la lucha, en que esgrimió Teror la espada bien templada de su ánimo y carácter admirables, llegó muy lejos. Sirvióle como reclamo y como programa; definió su temperamento.

Hoy se recoge y embotella el agua en condiciones de perfecta higiene. El lugar donde mana es un sitio de paseo y recreo para los terorenses. Se ha construído una gruta de azulejos sobre el manantial. Todo el día hay allí grande animación, mantenida por los que van á proveerse del líquido precioso, objeto de un extenso consumo, y, en verano, por los bañistas.

Contigua á la fuente está la Casa de Baños, rodeada de hermosos jardines, al borde de uno de esos barrancos que nos encantan con su exuberante verdura y su romántica poesía, cuajados de flamedras, helechos, cañaverales y álamos blancos; abri-llantados en su fondo por la aspersion profusa de los raudales cristalinos y alegrados por el murmullo de las henchidas acequias.



El Convento

LA naturaleza fecunda, creadora, protesta contra aquella gran casa cerrada y sombría. Junto á sus macizos muros que recuerdan los contrafuertes de un castillo medieval y evocan el horror del feudalismo, crecen las espigas de los trigales altas, muy altas, como si quisieran asomarse á ver lo que ocurre dentro de aquella inmensa tumba; tumba de vivos, evocación de la muerte en medio de las explosiones de vitalidad de una campiña espléndida.

Allí crecen los trigos más vigorosos y exuberantes que en parte alguna de Teror; la tierra se muestra extraordinariamente feraz, no se cansa de dar frutos, mientras el convento, hermético, enigmático, grave y acongojado como una oración petrificada, como una queja y una fuga materializadas en granito indestructible, sólo arroja á los aires, de cuando en cuando, un gemido por la voz de una campana que llora nuestros pecados.

Llora la campana, y el campo ríe. La exuberancia de los cultivos forman contraste con el silen-

cio, la aridez y la impenetrabilidad del asilo sagrado, donde no se vive sino para Dios. El regocijo pagano de la cosecha en Agosto, la siega y la trilla, la preparación del milagro del pan, la súplica del *padre nuestro* hecha trabajo y esperanza, las saluciones del amanecer y los melancólicos cantos vesperales, las sonrisas de la aurora y los estertores del crepúsculo, pasan por aquel sepulcro sin entrar. Tampoco entra francamente el sol: entra con timidez y con respeto, temeroso de interrumpir el sueño místico de las vírgenes, la plegaria de las sacerdotisas.

Los hombres descreídos miran aquello como *un punto estéril*; lamentan que en medio de la vida de la vegetación y el empuje del esfuerzo humano, el convento de monjas cistercienses no produzca sino oraciones. Incapaces de comprender la virtud *económica* de las preces sinceras, de los entrañables llamamientos al cielo, se les escapa el sentido de esas renunciaciones sublimes que en lo infinito hacen brotar estrellas y en lo percedero rescatan culpas y abren vías de salvación...

Un alma que se entrega á Dios, desprendida del mundo, en el apartamiento y la lobreguez de un claustro, es una luz que no se apaga, que sin cesar asciende. Y brilla también, buena conductora, dentro de nuestras conciencias. Nos dice á todo minuto: más arriba, más allá, más lejos.

Pero sucede que esa invitación á la ascensión, pocos la oyen, y menos aún la comprenden.

* * *

No comprende tampoco la naturaleza. Oprime al convento de Teror y lo rodea de sus encantos, cual si quisiera dominarlo, hacerlo suyo para que la ayude á producir y á vivir. Aunque en su fecundidad se refleja la omnipotencia divina, tiene demasiado contacto con el hombre, y el hombre, al poseerla tiránicamente, al explotarla hasta profanarla, la aleja de Dios.

Por eso, la naturaleza en esta comarca parece lanzarse, invasora, contra el convento. Sitian el refugio religioso los frutales, que se empinan para mirar por sobre las tapias, las corrientes transparentes que vitalizan los campos, las cascadas de oro del trigo que promete y anuncia el pan, hijo de Dios, las bestezuelas laboriosas que alivian el fragín humano, la incomprensión de las gentes vulgares y el vago, leve y dulce reinado de las flores..

Hubo una época en que, frente al convento, las flores prosperaban en un lindo vergel, triunfaba la vida encantada y encantadora de las rosas, adorno de la hermosura femenina, pero gala también de los altares. Los Padres... que tenían á su cargo la dirección de la casa, trajeron consigo el amor á la floricultura, y el huerto de las monjas, hoy cultivado por manos extrañas, entonces atendido por aquellas manos de varones evangélicos, hábiles para mucho más que para cuidar la viña del señor, se convirtió en jardín. Brotaron, pomposos, los claveles, las violetas, los jazmines, las azucenas y los crisantemos, entre cuadros de jugosas hortalizas. A menudo un religioso casi centenario, temblando bajo la carga de la edad, pasaba entre los arriates como un espectro, y su mano insegura enderezaba y acariciaba las plantas. Era un botánico inteligente; parecía ejercer

un apostolado científico, más acá de su apostolado cristiano. Las plantas medraban, como si estuvieran benditas; enviaban sus perfumes, su incienso floral, á la iglesia y á los claustros. Entre el convento, arca mística, y la naturaleza libre y soberana, estableciéronse relaciones que los acercaban. Un día el viejo jardinero ungido desapareció, ausentáronse sus compañeros, los hábitos monacales emigraron á remotos climas, y el poético jardín volvió á ser huerto prosáico, y se cortó la comunicación del monasterio con la imperiosa naturaleza; porque ¡ay! la insignificancia de las hortalizas nada dice á los claustros ni al templo de Dios.

Ahora, de allá dentro, desde donde se contempla la eternidad, no viene á la tierra ningún soplo vivificador. Y ha vuelto la separación, ha vuelto el divorcio...

El convento, fundado por el obispo Pozuelo y Herrera, es una fábrica pesada y triste, semejante á muchas otras de su especie. Desde adentro, las reclusas no ven el mundo ni el siglo; pero hay muchas ventanas y muchas claraboyas para que sus ojos, voluntariamente ciegos respecto de las cosas mundanas y profanas, se deslumbren con el azul glorioso por donde vuelan las almas redimidas, limpias del polvo terreno.

Un gran poeta ha dicho: *Abre tus puertas al mundo y tus ventanas al cielo.* Esto explica que, por lo común, los conventos tengan muchas ventanas y pocas puertas



El Patriarca

A sí como tiene una Patrona, Teror tiene un Patriarca. Y el Patriarca es el pino añoso y venerable que se alza junto al puente en la entrada de la nueva carretera que conducirá á Arúcas.

Se cae de viejo; imposible calcular su edad, y nadie la calcula. Presenta en su tronco esas verrugas, manchas y excrecencias indicadoras de una vejez avanzada, en los árboles lo mismo que en los seres humanos. Sus ramas están retorcidas y algunas se han doblado é inclinado sobre el suelo, á la pesadumbre de la longevidad; miembros exhaustos, órganos inservibles que piden ser eliminados. Y lo han sido, en efecto; otros se sostienen sobre puntales, una especie de muletas para el apoyo del coloso inmóvil, ortopedia botánica; otros, arrancados por los vientos, han ido á parar al cauce del barranquillo donde el abuelo de la vegetación hunde sus raíces multicientenarias.

Así, poco á poco, ha envejecido y se ha debilitado. Varias centurias le han visto crecer, luego

estacionarse, después degenerar, por último *prepararse para la muerte*.

En ese estado de vencimiento, en una actitud resignada y digna ante la certidumbre del fin próximo, se halla hoy; relativamente próximo, porque la agonía de un árbol dura muchos años. Los que viven siglos, no pueden morir en horas. Participan de su agonía, aunque no mueran, todas las cosas y seres que en su derredor están, avasallados por él. La red complicadísima de su raigambre aprisionó un mundo de elementos vitales y de formas y gérmenes. Todo eso sufre con el árbol que va declinando, que va cayendo sin degradarse ni envilecerse.

Hace mucho tiempo que Teror asiste á la decadencia del pino solemne y magestuoso, antepasado insigne, egregio patriarca. Quizás este pino conociera en su niñez al otro, ya viejo, en cuya copa la Virgen de las maravillas puso su trono un día remotísimo. Quizás presenciara, conmovido en sus tiernas entrañas, lleno de terror sagrado, aquella aparición celestial, aquel anidamiento eterno y divino de la Fé...

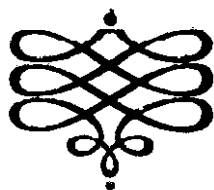
El pueblo terorense *no quiere* que su pino simbólico perezca; sabe que, cuando caiga la última rama del gigante moribundo, y se marchite la última hoja y se disuelva la última fibra, una tradición morirá. Las tradiciones muertas son, á su vez, *hojas arrancadas del corazón de un pueblo...*

Pero el anciano decae irremediablemente, el enfermo no tiene cura. La campana de la iglesia, que le ha contado y cantado tantas horas plenas, tantas horas felices, le anuncia implacable: *morir habemus...*

Y cuando llegue el momento de hacer su elogio

fúnebre y de escribir su epitafio, los hombres que le sobrevivan exclamarán, asombrados ante la magestad de su caída, magistral como la de un héroe antiguo:

—Has vivido mucho y has muerto tarde; pero supiste vivir y morir. Cobijó tu sombra una dilatada serie de generaciones; fuiste para ellas la salud, la alegría y la paz.





San Isidro

COMO á unas dos leguas de Teror, están la finca, el monte y el caserío de San Isidro, donde cada año, á principios de Junio, se celebra una fiesta grandemente típica y original.

La ermita del santo labriego se alza en medio de un bosque de castaños, humilde, recatada; los árboles le dan sombra. Estos árboles, hoy diezmados por una implacable devastación, eran hasta hace poco un frondoso y alegre bosque, inmensa mancha de clara verdura sobre el fondo negro de la montaña y el tono rojizo de las tierras sembradas, ricas actualmente con el oro de la mies.

Desde que el alba apunta, comienza la romería. Gentes innumerables, á pié y á caballo, en largas caravanas, vienen de diversos puntos de la isla; los colores vivos de las basquiñas y los pañuelos de las mujeres endomingadas, emperelgiladas para visitar al santo, detonan en los caminos, al mismo tiempo que brincan y estallan los cohetes produciendo un estrépito ensordecedor. Creyérase que la consigna general, la fórmula de la devoción rústica, es hacer mucho ruido, siempre ruido, y no hay quién no la

cumpla á conciencia. Todas las expansiones religioso-populares, desviadas de su fin, acaban en esto: greguerías, clamores, desatinadas inquietudes de la multitud que se embriaga y se desvanece con su propio movimiento. Pero habían tenido en su origen, en su iniciación indiscernida, un impulso místico. Las masas de creyentes se levantaban y trasladaban como atraídas por una estrella de Belem. Eran ríos que iban á la mar de una piedad insondable; sólo que, en el tránsito polvoriento y pedregoso, lo humano recuperó su imperio. En las muchedumbres no puede darse el silencio solemne de las contemplaciones interiores, el amor sin palabras. Este afinamiento del espíritu, abstraído, enajenado, no se dá sino en casos individuales. La turba baila, canta, grita, cuando adora, igual en lo humano que en lo divino.

Llegamos á las once al lugar de la fiesta, que está en su apogeo. En torno de la capilla, van y vienen los campesinos cargados de ofrendas para el patrono de la agricultura. Algunas aldeanas llevan sueltos los cabellos, por promesa, según me dicen; no faltan agraciados rostros entre la concurrencia femenina, y brillan los colores sanos, los ojos negros bajo el lujo de las desatadas cabelleras magdalénicas. Por los estrechos caminos que se retuercen como serpientes á través de los cerros y lomas, siguen llegando oleadas de romeros. Mil rumores de zambra y bureo llenan el espacio. Los grupos, como si obedeciesen á un instinto estético, se distribuyen entre las arboledas; forman acá y allá agregaciones caprichosas, ricas de color, rebosantes de animación y alegría. Cada bosquecillo de castaños ó laureles, cobija un grupo en que hombres, mujeres y niños dan sueltas á un regocijo irresistible, contagioso.

Por donde quiera suenan las guitarras, rasgueadas nerviosamente, y se oyen coplas picareseas, y vuelan las isas y las folías, un enloquecimiento filarmónico bajo el sol del verano. La concurrencia, parece una cigarra ebria de vida: Blanca la lona de los ventorrillos en las espesuras, y lanzan las «turrone-
ras» su continuo pregón. Las caballerías, atadas á los troncos de los árboles, piafan y relinchan, poseídas de la fiebre de inquietud general. El cuadro, en conjunto, adquiere un valor artístico y una admirable ordenación pictórica. Invita á trasladarlo al lienzo.

Pero he aquí que ya sale la procesión; la anuncian, el estruendo de las tracas y bombas, el chasquido de los voladores, el tintineo agudo de la campana de la ermita que redobla como un cencerro. Corre la gente, ávida de ver al santo agricultor. La umbría se despuebla, y mueren los cantos y se acaban las bromas y los paliques amorosos. Todos se precipitan hacia el pequeño templo.

San Isidro aparece con su carga de espigas, en hombros de robustos labradores que se disputan la honra de pasearlo á cielo abierto, á campo traviesa. No pesa mucho el bienaventurado; es una efigie pequeña, muy repintada y adornada, sobre unas andas correspondientes al tamaño de la escultura. Los dones de Ceres le rodean; aldeanos provistos de varas floridas le escoltan; estampidos de salvas le saludan. Después su meritísima esposa, Santa María de la Cabeza, de talla no menos mezquina, y por último una pequeña Virgen, trajeada de blanco, risueña y feliz, sin rictus de angustia en el despejado semblante, una madre buena que bendice y promete. No hay huella de los dolores del Calvario en aquel rostro serenísimo como la hermosa mañana estival.

Pasa la procesión, lenta y reverente, en medio de los boscajes. El patrono de los labradores es ovacionado por sus fieles devotos; las siembras y cosechas, le rinden pleitesía ondulando al halago sutil del aire, que arrastra campesinos aromas... La campana de la ermita, enronquece de tanto lanzar al ambiente glorioso sus estridencias. Se agotó toda la pólvora de las salvas: lo que no se ha agotado es el regocijo del concurso. Hay reservas de buen humor para algunas horas.

* * *

Cumplido el piadoso homenaje, los romeros vuelven á sus placeres y devaneos sencillos. Comen sobre la yerba, bajo palios de hojas, al abrigo de las tupidas enramadas que brindan penumbra y frescor como grutas vegetales. Los simples curiosos les imitan, y todo en el campamento es ahora agitación y bullicio. Se despachan en un dos por tres las provisiones, porque el apetito ha despertado imperioso; cámbianse obsequios, brándis y cantares improvisados de grupo á grupo. Vuelve á oirse la quejumbre de las vihuelas desentonadas llorando amores ó plañiendo penas, y el eterno grito de las vendedoras de turrón que lo ofrecen en nombre del Santo.

De Teror fué á San Isidro una numerosa cabalgata, á la que me uní, deplorable ginete en mísero jaco, cola de la columna expedicionaria. Resultónos el regreso más alegre aún que la ida. Se nos invitó á des-

cabalgar en muchas casas del trayecto, y se nos obsequió, agasajó y cumplimentó cariñosamente, según acostumbran en esta comarca, donde la hospitalidad es una noble tradición patriarcal. Las gentes nos salían al paso, anhelosas de detenernos y regalarnos con cuanto poseen.

En el Alamo, finca muy bella, del Sr. Francisco Mateo, su dueño afabilísimo, nos permitió saquear un rosal maravilloso que se doblaba al peso de una nevada de rosas enormes, divinas, incomparables; rosas de una limpieza de color que recordaba el mármol más puro y una morbidez que recordaba el más suave raso.

Y diónos, además, el Sr. Mateo un vaso de *bon vino*, y un apretón de manos de buen camarada.

No menos cordial y generosamente se nos habían abierto las puertas de otros hogares, mansiones de paz, fortalezas de salud, relicarios de virtudes, templos de cortesía. Juan Melitón, comerciante popularísimo en los Arbejales, no quería cobrar nada por lo que en su establecimiento consumimos. Don Francisco Montesdeoca, acaudalado propietario, y su hijo D. Federico, nos colmaron de atenciones y deferencias.

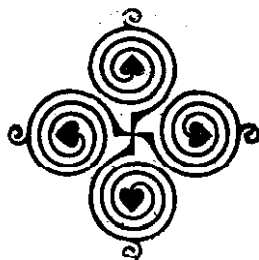
El Alcalde, don Sebastián Medina, y don Gustavo Navarro, mi compañero de periodismo, que veranea con su familia en Teror, al invitarnos y obsequiarnos, de vuelta ya en el pueblo, pusieron digno remate á un día comenzado tan placentemente.

* * *

Una impresión ingrata traigo, empero, de esta

gira. Yo había visto en San Isidro, hace pocos años, una verdadera selva; los castaños formaban una masa cerrada de vegetación y aquellos sitios tenían un aspecto agreste y bravío. Hoy, grandes brechas y grandes claros, marcan en la espesura los golpes del hacha que allí, como en todas partes, prosigue la obra de odio y muerte contra la riqueza forestal.

La finca era antes de un solo dueño; hoy son varios los que la poseen dividida en parcelas, ninguno de ellos es rico, y en esta circunstancia fundan el derecho que se atribuyen, derecho innegable, á talar los árboles para mejorar y ensanchar las tierras labradas. Nadie puede impedirles la acción devastadora, ni prohibírsela, ni por ella castigarles. Pero, ¡qué fatalidad y qué tristeza! La alta vegetación desaparece de San Isidro, al tiempo que un salvajismo rapaz saquea los pinares de las cumbres, y una avaricia loca y ciega derriba el arbolado en toda la isla.





La fiesta de la Espiga

ESTA es otra fiesta hermosa, celebrada al amanecer, entre dos luces.

Los adoradores nocturnos han velado al Santísimo Sacramento; el día les sorprende sobre sus reclinatorios luchando con el sueño que les persigue é invade; la palidez del alba penetra por la lumbrera de la diminuta ermita del Palmar, donde se ha realizado el acto de la adoración. Mientras los congregacionistas velaban y oraban, el campo dormía sin dejar de estremecerse con esas intensas palpitaciones y sobresaltos que lo recorren durante el reposo en las sombras. Los gritos misteriosos de la Noche, los alertas de los seres que no duermen ó que duermen poco y mal, acompañaban la vigilia litúrgica.

Otros también velaban fuera, ocupados en adornar los caminos y erigir los altares para la mayor gloria de Dios que, sacramentado, en el esplendor supremo del Símbolo, será conducido procesionalmente y levantará su inmortalidad, sobre la vida, cuando luzca la primera sonrisa de la aurora..

Todo el trayecto que ha de recorrer la proce-

sión, está engalanado con ramajes, flores y palmas. Cada dos pasos hay un altar coronado de espigas, lleno de ofrendas de frutos. Es un ofrecimiento, un arrodillamiento del hombre, y de las cosas que sólo por delegación le pertenecen, frente á la Providencia, frente á la Omnipotencia. Allí están las primicias y las albricias de Junio.

Han porfiado los campesinos en el empeño de empavesar la vía triunfal abierta al rey de reyes. Cuanto Natura cría por su propia virtud, mediante el estímulo del esfuerzo humano y la ayuda del Todopoderoso, se da en tributo sobre las aras perfumadas, entre el último suspiro de la noche y la primera mirada radiosa del día.

Desde la alborada, acude el gentío de los pueblos próximos, y también de los «pagos» lejanos. Hormigüea en los atajos y veredas; avanza cantando loas, saludando á la mañana. Terror entero, que no ha dormido, corre hacia el Palmar, escenario de la fiesta. La carretera ofrece el aspecto de un ferial animadísimo.

Y la procesión matutina, apoteosis de la naturaleza en honra de Dios creador y misericordioso, se aleja magestuosamente, y se disipa como un relámpago de gloria... La Custodia brilla como un sol sobre los campos, antes que el Sol aparezca en los cielos...



Las Rosadas

Lo que caracteriza la belleza de Teror es su variedad inagotable. A cada paso, un nuevo panorama se descubre, y todos son distintos dentro de la unidad del conjunto en que van á fundirse los rasgos especiales y sobresalientes. Lo accidentado del terreno hace cambiar sin tregua las perspectivas. Aquí se abre, entre dos peñones, una hondonada cubierta de un húmedo tapíz de helechos; allá, entre arboledas asoma un pintoresco caserío con su capillita en lo alto y su cruz sobre la capillita; más allá, en el hueco que forman dos montañas desnudas y severas, corre la pincelada celeste del mar en calma, un mar que parece continuación del firmamento, acentuado el color cerúleo al aproximarse á la tierra.

Los montes comarcanos suelen tener en sus cumbres ámpias mesetas, extensas explanadas cubiertas de una vegetación raquílica, de yerba menuda y blanda, desde las cuales se perciben las lejanías de la isla, una serie sin fin de masas ingentes, sierras dentadas, picos agudísimos velados de nieblas, con las manchas de los cultivos y la sonrisa de las aldeas, alegres en su pobreza honrada y decorosa. De

pronto, un derrumbamiento trágico: la conformación geológica del suelo presenta una grieta abrupta, un tajo hondísimo, un acantilado vertiginoso, y en lo más profundo, se extiende entre guijas y juncos y mimbrales, la cinta de plata de un manantial. Con solo mirar desde lejos aquella sima, recíbese una agradable sensación de frescura, á la vez que se experimenta la atracción del abismo...

Estos parajes encantadores ó sobrecogedores, abundan. Los he visitado, en giras de placer, en compañía de amigos obsequiosos, comiendo á la sombra de los castaños y los álamos, inclinándome para medir con la mirada la profundidad de los precipicios. El Pico de Osorio, el Lomito, las Peñas, San Matías, la Montañeta, San Isidro, los Arbejales, brindan á diferentes alturas otros tantos puntos estratégicos de observación y deleite visual. Se respira en ellos un aire puro, oxigenado, embalsamado con las emanaciones campestres. El paisaje se ensancha y muda de aspecto, conforme avanzamos ó nos aventuramos en las sendas sinuosas y enriscadas. Ahora, en el laborioso Julio, que aquí no es cálido sino muy fresco y muy amable, empieza el trajín de las faenas recolectoras; las rubias mieses se apilan en los cercados, para ser trilladas y aventadas; un enjambre de segadores, hoz al brazo, se agita en las fincas; vése desfilan las sosegadas yuntas, unas tras otras, en filas inacabables, camino de las eras. Se escucha el canto intermitente de las codornices, y el piar de los descarados gorriones, ladrones del grano. Los zagalillos apenas salidos de la cuna, inseguros sobre sus piernas débiles, ensayan sus primeros pasos siguiendo á sus padres al duro ajetreo del arrastre y la recolección. Los mozos cantan que se las

pelan en el bregar continuo. inconscientes y felices. entre el polvillo sofocante de la paja removida y el grato aroma del heno. Una ráfaga intensa de vitalidad, un estremecimiento de madurez fecunda y bien lograda, recorre el campo.

* * *

Nos encaminamos, á media tarde, hacia Las Rosadas, uno de los muchos «pagos» hermosos de la comarca, un nido de águilas colgado en una cumbre.

Para llegar á aquel rincón agreste, es preciso atravesar predios y haciendas, bordear grandes estanques de mapas verdinosas, saltar sobre atarjeas colmadas y bullentes, vencer ásperas cuestas, cruzar con fatiga senderos pedregosos y empinados. Superadas por fin todas estas dificultades de comunicación, propias de esta tierra quebrada y brava, el lugarejo que buscamos se nos aparece en su hurañez selvática y recóndita. Lo amurallan altas rocas, basálticos bloques. Una fuente de linfas limpi-
dísimas mana á sus puertas. Junto á la fuente, mozas de cántaro, morenas y nervudas como hijas del desierto, rodeadas de chiquillos andrajosos y vivarachos, esperan pacientemente el turno para llenar sus vasijas y cantimploras. A la vera del manantial una mimbrera muerta, reducida á un manojo de varas sutiles, entrecruzadas, enmarañadas, semeja un gigantesco erizo. Un poco más allá, otra mimbrera viva, vestida toda de hojarasca tierna, se dobla sobre un regato como si quisiera darle ó pedirle besos.

Y el agua fluye, rebosa, rezuma por todas partes. La tierra está saturada; bajo la mullida alfombra de vegetación espontánea en que se mezclan numerosas especies de plantas silvestres y se destaca el terciopelo de las ñameras por cuyas hojas lustrosas resbalan las gotas cristalinas igual que sobre el plumaje immaculado de los cisnes, discurre el agua mansamente. A trechos rompe la capa vegetal que la aprisiona y sale saltando como un preso que se libera. En hilos sutiles ó en chorros gruesos, en borbotones ó á goteos regulares y perennes, en ténues chortales, siempre la encontramos. Se escapa por las hendiduras del terreno y baja de las cumbres buscando su nivel en las breves planicies.

El agua, visible, deja oír su voz murmuradora; pero su presencia delata é indica un poder mucho mayor, una gran riqueza oculta. Si se hicieran exploraciones técnicas, para alumbrarla y encauzarla, vendría á la superficie en oleadas impetuosas. Apenas se araña la costra terrestre, el líquido vital afluye como la sangre bajo la epidermis. Es un elemento dominado por otro elemento, más bien sublevado contra la tiranía que lo avasalla.

—¿Y porqué no se hacen esas exploraciones? — pregunto.

—Por que habría que emprenderlas colectivamente,—me contestan,—y la Heredad, corporación donde resulta difícil lograr la unanimidad de aspiraciones y propósitos, no se mueve ni se moverá á emprender tales trabajos, aún con la certeza del éxito. Las Heredades podrían contribuir mucho al progreso económico-agrario, pero cuando no luchan y litigan entre sí, siguen aisladas una marcha rutinaria, y perezosa.

Las energías de las Heredades se pierden como el agua bajo la capas térreas y rocosas, por no haber un principio de acción, un claro criterio, un móvil determinante que las concierte y aplique con sentido patriótico y clarovidencia del porvenir.

Y es lástima que esto ocurra. Así los pueblos malogran su destino; vegetan, pero no viven.

* * *

Mi visita á Las Rosadas me hizo conocer una pequeña zona de Teror singularmente pintoresca. El paisaje en aquel punto tórname hosco y ceñudo; abundan los espinosos cactus, se ven palmeras, que en otros sitios son escasas. En los riscos se abren las concavidades de algunas cuevas habitadas, mansiones troglodíticas con un establo ó una pocilga junto al ingreso. Entre los árboles, los mirlos saltan y silban.

Por contraste, anima la aridez el don y, más todavía, la promesa del agua que está diciendo: perseguidme, extraedme, y yo lo fecundizaré y lo bendeciré todo.

En el espacio que recorrimos, hay varias fuentes clarísimas, entre otras la llamada de Grimón, de una limpieza admirable. Hay, también, un molino, el de María Manuela, que el agua pone en movimiento, casi escondido por una inundación de verdura, una cascada de vegetación voraz é invasora... Y hay, finalmente, un hondo y negro estanque practi-

cado en la roca viva, especie de túnel ó gruta de
ciclópeos muros, en cuyo seno el agua presa y si-
lenciosa, duerme... Cubre la boca de entrada una
cortina de helechos. Si desde allí se lanza un grito,
una voz cavernosa lo repercute en las entrañas del
antro





La casa del Obispo

ARENTE á la Alameda se alza el viejo caserón, donde residen los obispos de Canarias cuando vienen á la Villa. Es propiedad de la Diócesis y tiene grabadas en granito el escudo episcopal y las armas del Pontificado. No lo avalora ningún detalle arquitectónico ni lo realza ningún primor artístico. Modesto y vulgar en su apariencia, sólo se distingue por sus dimensiones entre las demás casas del pueblo. Allí gozan el bien de la paz los preladados en vacaciones; allí, lejos del mundanal ruido y las cargas abrumadoras del ministerio eclesiástico, descansan, oran y meditan.

Para esto fué edificado como un refugio, á dos pasos del santuario célebre. Dentro del palacio hay un jardín. Desde las ventanas se vé la calle principal de Teror, el campo, los montes, las azuladas lejanías... Una escalinata de piedra da acceso á una portalada sobre la cual, también en piedra, se ostentan los símbolos de la Iglesia militante.

Adviértese cierto abandono en todo el conjunto, como de casa venerable é intangible abandonada al

tiempo. Y el tiempo, gran roedor, la ha ido devorando poco á poco. En los patios crece la yerba libremente. Los obispos no se han preocupado más que de vivir tranquilos y dichosos á la sombra de aquellas paredes vetustas.

Ellas vieron pasar, robusta como una encina, ardiente como una llama, la figura de Urquinaona, el obispo caudillo y misionero abrazado á la Cruz, el hombre de las supremas energías disciplinadas y eficaces, el obrero titánico del Evangelio; la silueta rotunda, afirmativa como el Dogma, erguida como la voluntad de un conquistador, dominante, intransigente, de Pozuelo Herrera; el contorno vago, fugitivo, esfumado y aéreo como una nube que custodiaban ángeles, del Padre Cueto, un serafín, una criatura predilecta de Dios; la prestancia medio mundana, medio religiosa, del Dr. Pérez Muñoz, un sacerdote que aspiraba á lo eterno y luchaba por lo supra-sensible sin perder de vista el siglo, cuyas cenizas llegábanle hasta los hombros... Este último no hizo largas estancias en la Villa; llegaba siempre apresurado, en los días de grandes ceremonias, y regresaba con el mismo apresuramiento, sin dignarse echar una mirada en torno. Era *el obispo*, no quería ser el hermano mayor ó el padre en nombre del Padre. Llevaba elegantemente sus sagradas vestiduras y le brillaba demasiado la amatista. Era bueno, caritativo, cordial, pero muy poseído del sentimiento de lo jerárquico y lo honorífico. No amaba á Teror.

El Dr. Marquina, su sucesor inmediato, sí le ama. Lo ha probado muchas veces con actos y con palabras, con sus preferencias y sus solicitudes en pro de la villa que protege la Virgen del Pino. El lo-

gró que Roma elevara á basílica el templo; él ha iniciado las obras de reforma que hoy se realizan en el santuario. Pasa el Dr. Marquina en Teror buena parte del año, le prodiga constantemente sus favores, le demuestra sus simpatías, y Teror le corresponde venerándolo.

* * *

La vieja casa de la Alameda conserva el prestigio de la tradición como una difusa é inmortal fragancia. Los obispos que la habitaron, aún viven y vivirán en el recuerdo de los terorenses. Los plátanos del paseo público la sombrean y abrigan en verano; en invierno son como guardianes que deponen las armas, pero siguen vigilantes en su custodia.

En la vivienda hay, según me dicen, un aposento donde permanece intacto é inaccesible para todos, un lecho histórico que ofreció su relativa blandura á un personaje famosísimo: el padre Claret.

Durmió en él, no sé cuántas noches, el fanatismo su sueño febril y atormentado. Mísero como un lecho de campaña, todavía parece guardar el calor de aquel cuerpo en que ardió un alma visionaria y combativa.

Allí, á dos pasos, en el Casino, los muchachos bailan, sin recordar la famosa excecación del «padrecito»:

*Oh, joven, que estás bailando,
Al Infierno vas saltando...*



Pico de Osorio

San Matías

Es el Pico de Osorio una montaña de forma redondeada en su cima, que semeja una de tantas reducciones del Teide. Desde su cúspide, en los días claros, se ve también al Coloso, último término de una vastísima serie de maravillosas perspectivas.

Toda Gran Canaria aparece en superpuestos planos visuales ante el observador encantado. Los pueblos caprichosamente esparcidos, son como una sembradura entre sembraduras; el desorden caótico de la formación geológica y la faz volcánica de la isla, *bello desorden*, nos produce vértigos.

Para llegar á la cumbre donde nos encontramos, un magnífico observatorio, tuvimos que cruzar accidentados terrenos, subir sin descanso y vencer pendientes muy duras, muy árduas. El caballejo que me conduce tropieza muchas veces en el camino y, á ratos, tengo que desmontar y seguir á pié. Las veredas se angostan en ciertos sitios hasta hacerse simples rayas ó surcos, buenas para la pezuña, no para la herradura; en otros, zig-zaguean de la manera más

desconcertante. Estas rutas angustiosas ponen à prueba la resistencia de nuestros pulmones y de nuestras piernas. No las hay más cómodas y francas en el interior de nuestro territorio. Ellas nos permiten practicar el alpinismo en esta zona semi-tropical.

Vamos despacio, jadeantes, sudorosos, la mirada siempre fija en la meta de la ascensión que poco à poco se nos aproxima. Cuando llegamos, el espectáculo ofrecido à nuestros ojos por la naturaleza, compénsanos de sobra las molestias y fatigas del viaje. La isla entera surge en derredor, con la asombrosa variedad de sus aspectos y la complejidad imprevista de sus panoramas, diamante de mil facetas. Podemos señalar uno tras otro las villas, los lugares, las aldeas, las grandes fincas, las eminencias destacadas que corona una cruz y los ángulos de sombra en que duerme tranquilo un villorrio. ¡Todo el relieve de Gran Canaria, erizado y amenazador como un mar proceloso, imponente como la perpetuación de las agonías de un mal parto!

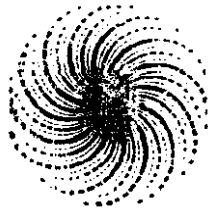
Los bosques de Osorio se dilatan à nuestros pies, manto imperial de una tierra generosa en cuyas entrañas arde y bulle la vida. Las fajas de las carreteras, entre árboles, parecen torrentes secos... En lo remoto, asoma el Atlántico el fulgor de su deslumbradora turquesa.

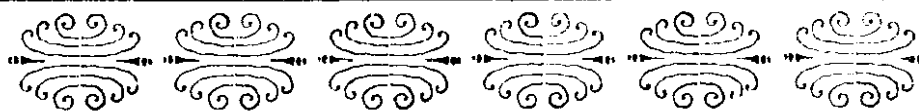
* * *

Desde la herbosa meseta de San Matías, otro punto estratégico para la visualidad y la contempla-

ción, plata forma sobre abruptos acantilados, se divisa otro panorama interesantísimo.

Barrancales y quebradas, honduras vertiginosas y cerros y peñascos de formas peregrinas; contrastes pictóricos de sombras y luces; suaves tonalidades y gradaciones del verdor, hasta el esmeralda más intenso; en lo alto mansedumbre y encantamiento virgilianos, en lo profundo bravura, agresividad y rebeldía de la protéica, inagotable naturaleza; á la caída de la tarde, grandiosa sinfonía, conmovedora marcha fúnebre que elevan todos los concertados rumores campesinos...





Nieblas, nieblas...

Hoy, de repente, ha comenzado á levantarse la niebla, primero en humo blanquecino; después, en ligerísimos vellones que eran blancas pinceladas sobre los cerros; luego, en masas compactas y oscuras que trepaban á las cumbres, las envolvían y las ocultaban completamente; por último, en una difusión vaporosa que veló todo el paisaje y borró todo el campo.

Han desaparecido los relieves del suelo; no se distingue nada en derredor. La inundación de sombras *se ha tragado* las eminencias de Osorio con sus bosques frondosos, las escuetas sierras dentelladas que amurallan y limitan el extenso valle, los barrancos, las aldehuelas sonrientes. Teror se ha hundido, ha naufragado en un mar de bruma. Lo buscan mis ojos y no lo descubren.

Largo rato esta cerrazón acongojadora me nubla los horizontes psicológicos y me oprime el alma. Siento otro caer de tinieblas dentro de mí. Mi pensamiento vaga sin rumbo, agita locamente las alas y se muere de tristeza. ¿Adonde irá si le falta el espacio,

si le falta la luz que lo vitalizan y, al concentrarse, sólo encuentra dolor?

Es un ave que no vuela sino cuando el sol alumbra.

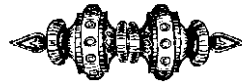
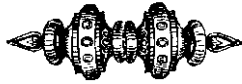
* * *

Las nieblas se disipan poco á poco. Del océano de vapores diluídos que, disipándose, dejan el ambiente más claro y la campiña más bella, emergen las montañas, los árboles, las quebradas y torrenteras, los pueblecillos, los rastrojos... Se alzó la losa sepulcral de la calma, se rompió y pulverizó la inmensa telaraña. El pequeño mundo circundante vuelve á mostrar su faz graciosa.

Mi pensamiento se despierta otra vez, toma nuevamente la ruta de las idealidades sublimes, ensaya tímido el vuelo hacia las alturas de donde cayó; pero no se aclara ni se regocija.

Porque está enfermo.





El clima

Los que veranean en Teror, no conocen el verano más que cuando reina el *levante*, ese tiempo angustioso extendido á toda la isla y aún á todas las islas, verdaderamente insufrible. El aire, entonces, quema y sofoca; apenas se puede respirar; una atmósfera de fuego abruma los pulmones. El cielo parece de cristal, empañado por nubecillas inmóviles, altas y vaporosas en sus contornos. La calma del ambiente pesa sobre el ánimo como una amenaza de catástrofe, de asfixia.

Es el *levante* en Canarias un rafagazo de bochorno canicular, pero sólo un rafagazo. No suele prolongarse mucho; á los tres ó cuatro días cesan sus rigores y vuelve la temperatura de eterna primavera; mejor dicho de dulce y templado otoño. Otoñales son aquí la mayor parte de los días, con horizontes nublados y frescas brisas del Norte. Pero mientras el *levante* sopla, castiga cruelmente á los seres y las tierras. El aire, cálido y seco, trae ardores de incendio ó de fragua; los pajarillos mueren congestionados; se suspende el trabajo agrícola; los frutos se abrasan y se pierden las cosechas.

Este azote, según he dicho, dura poco. Constituye un paréntesis en la placidez continua, en la benignidad perpetua de nuestro clima edénico. Diríase que Africa afirma su dominio geográfico sobre nosotros; nos creemos transportados á la zona tórrida y nos sentimos africanizados por completo.

Pero pasa el levante al cabo de breves horas, torna á reinar el Septentrión con su bonanza y su frescura inalterables, se condensa la «barra» de nubes que anuncia el cambio anheladísimo, y despertamos del agobio como de un mal sueño. Ya no volverá, ó volverá muy atenuado.

Hombres y cosas ofrecen no sé que aspecto de melancólica convalecencia, de reafirmación enfermiza en el ansia universal de persistir. Se desperezan y creyérase que se dilatan con un suspiro de felicidad.

En esta zona, lo mismo que en todos los puntos elevados de la Gran Canaria, el levante adquiere su máximum de dureza. Las brisas del océano lo mitigan en las localidades inmediatas á la costa.

El termómetro en Teror marca temperaturas mínimas de ocho grados en invierno y de quince en estío; medias, de doce y de veinte y tres, respectivamente.

Hay en verano noches tan fresquecitas que obligan á arroparse y dormir bajo manta; noches que recuerdan las del maravilloso invierno de nuestra región espléndida. Los médicos recomiendan este clima como uno de los más sanos de las islas.

Las condiciones climatológicas de esta comarca teroreña, son privilegiadas. La muerte la visita de tarde en tarde; yo, que desde hace años vengo á Teror con frecuencia, no me la he encontrado nunca

en el camino. Hay muchos longevos, muchos centenarios enhiestos y vigorosos como los pinos y los castaños de Osorio.

Un dato concluyente. La jurisdicción tiene unos cinco mil vecinos; mueren setenta al año, término medio.

El fosero reniega de su tétrico oficio. Para ayudarse á vivir, cultiva patatas. Entre difunto y difunto, entre sepultura y sepultura, recoge una buena cantidad de tubérculos.

Una tarde subí á verle al monte. Me le encontré en su huerto, cavando y regando. Como es algo filósofo, se ha acostumbrado á esperar la muerte... para los demás *con resignación*. Cuando no puede abrir huesas, abre surcos. Deja el pico y toma la azada. Cultiva *su pedacito*. Siempre esclavo de la tierra, pero propulsor de la vida en sus vacaciones forzosas, su monólogo no se asemeja al de los enterradores de *Hamlet*...

—Los muertos aquí van despacio,—me dice. En vez de esperarlos sentado, vea usted como los espero.

Y alzaba el azadón hasta la altura de su cabeza enrojecida por las lumbraradas del ocaso, y hacía un gesto indefinible, misterioso...



El “mónstruo”

ESTE año llegamos á creer que el «huésped terrible» no nos visitaría. El verano había transcurrido deleitosamente sin que nada nos anunciase la aproximación del «mónstruo». Los días eran una fiesta pagana, las noches un descanso placentero. Siempre nos sonreían las nubes; etérea nieve en lo azul, y nos besaban refrigeradoras las brisas.

Los campiñeses, buenos conocedores de las mudanzas atmosféricas y meteorológicas, porque sin tregua observan, interrogan y consultan el espacio, decían convencidos: *Ya no vendrá*. Ponían en esta afirmación todo el aplomo de su experiencia. Mediaba Julio sin habernos dejado sentir sus ardores característicos, lugar común del calendario, y el tiempo se mantenía blando, amistoso, acariciador. Las panojas y los penachos se doblaban como cabezas soñolientas. La perdiz gritaba su contento de vivir en intermitentes notas agudas. Reventaba el preñado grano en las heredades, y se preparaba las trojes para recogerlo. Sobre los montes la hoz de plata de la luna naciente, en los atardeceres divina-

mente melancólicos, era el símbolo de la sazón próxima y la cosecha pingüe. Del riscal al llano, difundíase la bendición de la abundancia. Todo eso podía quemarlo, agostarlo y malograrlo el bochorno; pero no había señales de que el bochorno viniera.

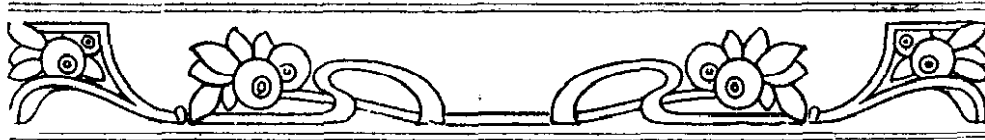
Y los labriegos confiaban en que no vendría ya.

Todos los años, á pesar de sus oraculares pronunciamientos, á pesar de su ciencia de augures, yerran las predicciones. El «levante» no se anuncia; llega sin previo aviso, traidoramente, cuando menos se le espera. De pronto un salto brusco en el cuadrante, verdadero salto de tigre; un primer soplo abrasado, verdadero soplo de infierno; una sequía enorme, un calor africano, *un reinado nuevo* que es insoportable tiranía. Arde todo en el cósmico incendio. El trabajo suda hasta liquidarse. Las primicias agrícolas se consumen en holocausto á un Dios insaciablemente voraz. Hay llamas en la atmósfera, llamas en la tierra, llamas en el mar, llamas en los ardidos corazones que desfallecen de angustia, que se queman como sarmientos en una hoguera. El agua *tiene sed*. La mitad de la cosecha se perdió.

Por fortuna este nuevo reinado que es una atroz tiranía, dura muy poco. El «mónstruo» terrible se va como vino: otro salto brusco, verdadero salto de redención, un primer soplo fresco que parece venir de los Campos Elíseos, un gran suspiro de desahogo, una temperatura paradisiaca, y *la restauración del régimen*.

Esta vez, la revolución hizose en un minuto, y el interinato revolucionario, cosa inaudita, duró una semana...

Tornamos á vivir nuestra buena vida; pero con daño. Largamente nos dolerá el castigo.



Oferta y demanda

ESTE año terrible de 1917, con el mundo incendiado en guerra, con sangre, dolor y luto en todos los pueblos, con los alimentos fabulosamente encarecidos, con nuestras exportaciones paralizadas, nuestros puertos muertos y la miseria en nuestros hogares, no favorecerá la concurrencia de devotos á la famosa fiesta del Pino. Teror lo sabe: Teror se resigna.

El horno no está para bollos. El Obispo, que se encuentra ahora aquí de temporada, en su anhelo de mantener el prestigio de la romería celebérrima, se ha dirigido á los fieles de la Diócesis estimulando su celo religioso y hasta su patriotismo en favor del culto mariano. Duros son los tiempos, pero ellos imponen á la cristiandad especiales deberes. Hay que orar sin descanso para que Dios se apiade de todos por la intercesión eficaz de su Madre santísima. Hay que rezar á Nuestra Señora del Pino fervorosamente y pedirle que aplaque la divina cólera, que haga cesar esta lucha entre tantos pueblos, penitencia de la familia humana.

La plegaria henchida de fé puede salvarnos. De rodillas, los ojos fijos en el cielo esperando el milagro de la paz, deben permanecer cuantos no intervengan en los combates ni lleven en la conciencia el peso de la responsabilidad de la hecatombe. Los mismos soldados, entre batalla y batalla, deben prosternarse, puesto el pensamiento en Dios. Así lo dice el Papa, así lo quiere el Obispo.

Manifiesta nuestro Prelado en su carta pastoral las razones justificativas de su excitación piadosa; pero el documento no convence. Es del número de aquellos mandatos que se acatan y no se cumplen. Las circunstancias impiden obedecer el consejo apostólico. La palabra evangélica caerá como un bálsamo sobre los tristes que han hambre, es cierto: no logrará remediar sus necesidades materiales ni moverlos hacia Teror. La crisis económica tiene cara de hereje, sólo se persuadiría y rendiría ante hechos y argumentos que la conjurasen.

Esa cara de hereje no ha de engañar, sin embargo, á Su Ilustrísima. En el fondo se oye el *non possumus*, fórmula de impotencia; no de resistencia ó desobediencia. Tampoco se engañará sobre el móvil verdadero que siempre impulsó á una gran mayoría de los peregrinos. Poníanse la capa de la religión para entregarse á paganías escandalosas. Nada perdería, pues, la religión si esos no vinieran. *Depurado el personal*, el triunfo de la Iglesia sería completo é indiscutible.

Los sinceros creyentes, en fin, replicarán al Obispo: «no iremos, pero rezaremos». Y así acatarán, y cumplirán.

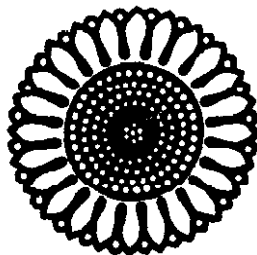
* * *

Los que han empezado á llegar desde hace algunos días, son pobres pedigüeños en muchedumbre nunca vista, la mayor parte procedentes del Puerto de la Luz, donde reina una miseria espantosa.

¡Concurso de andrajos, junto al de mercancías, á las puertas del templo! La legión mendicante crece por minutos. Esos no cantan, pero rezan é imploran, el pan de Dios y de los hombres.

Vienen á pedir limosna en nombre de la Virgen. Vendrán también más feriantes y vendedores que nunca. Mucha oferta y muy poca demanda, desde todos los puntos de vista.

Esto no lo remedian pastorales. Esto se explica *económicamente*.





El cementerio

HUMILDAD de la muerte en estos pobres cementerios de aldea! Nada recuerda al mundo con sus pompas y vanidades; todo dice *¡consummatum!* Las tumbas parecen abandonadas, olvidadas por los vivos. Apenas nombres ni inscripciones fúnebres; sólo fechas y cruces que se inclinan temblorosas al soplo de la brisa. En los ángulos lloran unos cipreces ó se desmayan unos sauces.

Los muertos descansan en la fraternidad de la fosa común, muy ancha, muy honda. El orgullo de los supervivientes no ha establecido diferencias ni categorías entre los que fueron. Los confunde en un mismo sentimiento respetuoso y piadoso; los iguala ante la eternidad insondable, ante Dios compasivo...

El campo—santo está en las cercanías de la Villa recordándole el tránsito final. Se le ve desde todas partes; la iglesia envíale su sombra sagrada, le contempla, le vigila y le protege. Se habitúan los vecinos á mirarlo con ánimo sereno, como estación de partida para el viaje que no tiene fin. Cuando pasan junto á sus muros, los viandantes saludan cristianamente, doblan la cabeza y prosiguen su marcha ha-

cia el trabajo cotidiano ó hacia el hogar que encendido les espera. Y piensan, tranquilos, que allí dentro les esperan también los durmientes para compartir con ellos el último lecho en la última morada.

Y la muerte no les asusta.

* * *

De la muerte saben que es una viajera que llegará sin retardo, entrará en cada casa como ladrona impune, reclamará una víctima y se irá acompañada para volver.

El campesino no teme á la muerte, porque no piensa en ella nunca. Si la terrible idea le asalta, la deshecha pronto. Ve el hecho fatal, pero nada le preocupan las consecuencias. Libre de la tortura del pensamiento, deja de ver el abismo *del mas allá*. No siente la atracción de lo ignoto; *sólo muere cuando muere*. Nosotros empezamos á morirnos desde que empezamos á pensar.

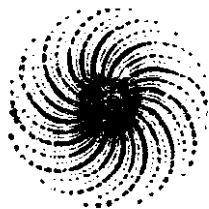
* * *

El cementerio de Teror es demasiado pequeño, demasiado mísero. Construído en la infancia del pueblo, no basta ya á sus necesidades de más allá de la vida. Aunque nadie se quiere morir, los que se

mueren contra su voluntad difícilmente encuentran acomodo en aquellos cuatro palmos de terreno, en *aquel rincón solitario y lúgubre*. Hay exceso de huéspedes, sobra de inquilinos en la casa de todos.

Y urge ensancharla y adecentarla. El fosero, disgustado de su oficio, porque los difuntos escasean, no sabe que hacer con los pocos que le caen entre las manos. Los entierra con mil fatigas, y no puede aposentarlos cómodamente en la paz eterna, y asegura que se desentierran por sí mismos. Supersticioso, como todos sus camaradas, cree en este milagro sin más averiguaciones.

La obra del ensanche del cementerio de Teror no admite aplazamientos. Estrecho como una sola tumba, como un solo ataúd, los muertos no caben en él.





El Casino

Los terorenses han querido que su Casino fuera un centro de cultura y, en comparación de los de otros pueblos, lo es. Aunque instalado en un misérrimo edificio, cumple bien su obra de cultivar las artes é iluminar las mentes.

La cumple, claro está, de una manera muy relativa, según el medio y los medios; pero allí no sólo se baila. Allí se dan interesantes fiestas de otro elevado carácter y se presta atención comprensiva á los hombres que siembran ideas. Allí *se oye*.

En otros casinos de otras localidades rurales no se hace sino bailar, y aún se baila mal. En el de Teror se busca a'go, más allá de la danza. Yo mismo puedo decir que en parte alguna escucharon mi palabra con mayor interés.

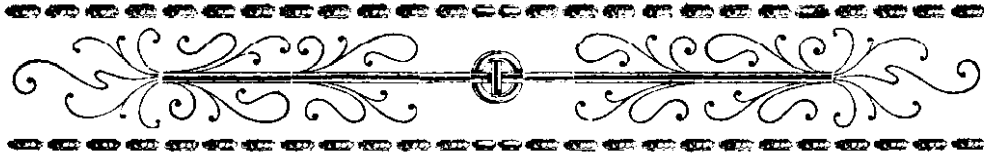
Encontré un auditorio que, compuesto en su mayoría de cultivadores y artesanos, esperaba ansioso, recogido, como si mis labios fueran á verterle enseñanzas del evangelio del moderno ciudadano. Se advertía su deseo vivísimo de aprender en aquella ansiedad de las miradas y aquella concentración del esfuerzo mental.

Teror aprecia las cosas del espíritu y no duer-

me un sueño muerto sobre las cosas de la tierra, como las poblaciones *aplattanadas*. Acaso le ha preparado para la vida espiritual, cuando menos le ha alzado por encima del materialismo agro-pecuario, su preocupación de las excelsas santidades que representa en su templo y su Virgen.

El sentimiento religioso, si es sincero, si no implica un extravío fanático, conduce finalmente al humanismo. Hay que afirmar y afinar lo humano para que aparezca el reflejo de Dios y Dios sea en el hombre. Las gentes materializadas, embrutecidas hasta el anonadamiento de la inteligencia, no pueden comunicarse con lo Absoluto. Cuando intentan levantarse á mirar el cielo, caen entre las bestias. Sus oraciones son como mugidos en los pesebres. No se oyen, ni oyen; no hablan, ni escuchan. En ellos se prolonga hasta la muerte la segunda infancia de la barbarie, y como no conocen su enfermedad, no tratan de curársela.

Teror sabe esto; por que lo sabe, ha fundado un centro de cultura del que anhela hacer un foco luminoso, su Casino, donde además de bailar, jugar y cantar, atiende á las voces de los que le llevan el viático del Pensamiento.



El pequeño limpia-botas

Yo compadezco á los limpia-botas. Tienen que vivir arrodillados á nuestros pies, ejercen un triste oficio que les obliga á una prosternación humillante. Se anonadan en el polvo, apenas ganan para comer, y se rompen al fin por el espinazo.

Como contemplan de abajo á arriba la figura humana, ven los órganos inferiores aunque esenciales, antes de mirar el rostro adonde á veces se asoma el alma, y la cabeza, llena de ideas á veces. Se desencantan en el recorrido, porque han de pasar por el estómago, grosero y prosáico como una cloaca, y tropezar después con un cierto número de huesos bien articulados y encajados pero totalmente inexpresivos bajo el revestimiento de la piel. No los ven: los adivinan. Nada más insignificante que un hueso; inservibles en el festín de la gusanera, sólo valen para reliquias. El limpia-botas persigue en su exploración visual ascendente el corazón del hombre, y casi nunca lo encuentra. Late en el fondo del complejo mecanismo el péndulo de la vida, pero su presencia no se revela al afinado explorador.

Este, en su actitud de esclavo, limpia, fija y da brillo profesionalmente á las plantas que lo huellan. Quizás querría morderlas, y su destino fuérsale á adorarlas. Vive de tenderse á los pies de los hom-

bres. Es un buen perro doméstico que nos unge los zapatos de betún, lo contrario del unguento de la Magdalena.

Hay en Teror un pequeño betunero, único en su especie. Todo Teror le conoce. Un muchachito enclenque, caquéxico, enfermizo, con aire de pilluelo y energías y virtudes de héroe. Su infancia es una lucha prematura; su alborada, un amanecer borrascoso. Ha conocido en sus doce años las tristezas del abandono en los yermos sociales y las zozobras y peligros de la travesía en la selva negra. Una tarde, entró á pié en el pueblo trayendo á costas sus trebejos, destocado y descalzo. Acompañábale la furia Miseria, lívida é inexorable como la Muerte. Su carne aparecía castigada, mordida por la intemperie, á través de los desgarrones de sus andrajos. Y en sus labios vagaba una sonrisa infinitamente amarga, la sonrisa de los niños que sufren y no aprenden á reír. Dejaba atrás un hogar dolorosísimo y caminaba hacia lo ignorado. En el rostro, negro de pringue, suplicaban los despavoridos ojos gitanescos.

Durmió muchas veces al raso en la calle, hasta que la misericordia de un vecino le dió posada. Después pidió trabajo, y se lo dieron en el templo, donde su congoja infantil, horrorizada del mundo, sintió la presencia de Dios. El débil infante cogió una cesta y acarreó pesados materiales bajo los que se rendía de fatiga mortal su cuerpecillo. Algunas personas compasivas le socorrieron. Yo le dije:

—Ven diariamente á prestarme tus servicios.

Y se los recompensé con largueza.

Luego le aconsejé: —Guarda las pesetas que te doy; cómprate unos zapatos y un traje.

Me lo prometió; pero seguía con sus pingajos

asquerosos, enmascarado de suciedad, lamentable de ver.

Insistí.

— ¿En qué gastas lo que ganas, si apenas comes y vas casi desnudo?

— Todo lo que gano—respondió,—se lo entrego á mis padres, que están sin trabajo. Tengo ocho hermanos, el mayor yo; yo soy, también, el único que trabaja en mi casa. Cada sábado voy á Las Palmas, y les llevo lo que he recogido en la semana, menos dos ó tres pesetas.

— ¿Y qué haces con esas pesetas?

— Como.

— ¿Y qué comes?

— Plátanos.

—

Dos días ha, se me presentó vestido de nuevo. Y me dijo:

— Mi madre me ha comprado un traje.

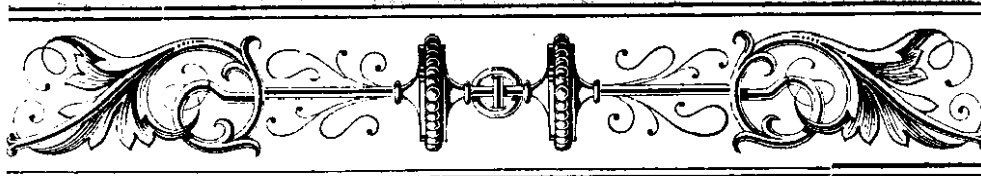
Mostróme los pies calzados de alpargatas, y agregó:

— Estas alpargatas, yo me las he comprado. ¿Piensa que hice mal?

Por respuesta le dí un beso sobre la costra inmundada del semblante. El chiquillo, tan limpio por dentro, ha tomado aversión al agua. No ha conocido más que la del bautismo, el primer riego lustral.

El beso manchó mi boca, pero purificó mi alma.

Así es ese niño—hombre, hombre bueno, ejemplo para muchos hombres. Como los predilectos de los dioses antiguos, pronto morirá. Le desgarran el pecho una tosecilla de mal augurio. Su madre le compró un trajecito, y la muerte, más piadosa, le prepara la cuna; la cuna que no conoció en la tierra.



El coche de horas

Dos veces cotidianamente, á las once de la mañana y á las siete de la tarde, ó de la noche, entra en la villa como un trueno el legendario coche de horas, así llamado porque llega y sale á las horas fijas indicadas.

Arcáico, anti-estético, pesado, estrepitoso, lento, aborrecible, nos da la impresión de los primitivos transportes. Anda un poco más que un carro; toma toda la carga y todo el polvo que encuentra en la carretera; se estremece al tiro de las cansadas mulas que lo arrastran, y por momentos se inclina de un lado ó de otro, como si fuera á zozobrar en el largo trayecto accidentadísimo.

Estos coches feos y viejos son en Canarias una nota anacrónica de regionalismo. Con ellos *pasa el pasado*. Cuando los automóviles, en el vértigo de su rapidez, los vencen y rezagan instantáneamente, se conjuncionan dos períodos históricos. La inquietud moderna se burla de la pereza clásica. Los pasajeros, embanastados en el enorme vehículo, prensados, torturados, experimentan desde su cepo el an-

sia del vuelo libre. Cada uno siéntese tortuga y envidia al gerifalte. Si el mitológico Caronte no fuera barquero, sería cochero de una de nuestras diligencias, y la guiaría á los reinos plutónicos.

El automovilismo, devorador de distancias, no ha arrinconado aún por completo esas diligencias medioevales; pero ha disminuído grandemente su número. Ya quedan pocas: no tardarán en figurar en los museos, como las carrozas heráldicas. Ha remarcado, además, sus características. Hoy, contrastada por el exceso de velocidad de las «máquinas»—así llaman en América á los «autos»—, resulta mucho mayor su pesadez. Hoy la torpeza se ha vuelto parálisis. *Están definitivamente paradas*. Su movimiento se nos hace imperceptible. Diríase que la vía es la que se mueve, y que ellas son un punto inmóvil.

La entrada del coche de horas en Teror, y la salida, provocaban antaño una agitación revolucionaria, de intensa curiosidad. Abriáanse las ventanas, la gente acudía á las puertas, los chiquillos arremolinábanse en derredor del armatoste. Era un suceso diario. Iban y venían los inmensos charavanes cargados hasta los topes, al modo de trenes de viajeros y trenes de mercancías. Servían para transportarlo todo. Se disputaba los asientos poco menos que á puñadas. El mayoral ponía sobre el techo lo que no cabía dentro del carruaje, bultos ó personas. Y *aquéllo* avanzaba como un *tank* británico en tiempo de paz, pero á paso de caracol. Producía en los contempladores un efecto tragi-cómico.

Ahora los coches de horario llegan y se van sin despertar el interés de nadie, casi vacíos. Los pasajeros conservan el mismo aire triste de penados, de

prisioneros: sin embargo, ya se les aligeró la cárcel y se les quitó el potro de tortura.

Gracias al automóvil.

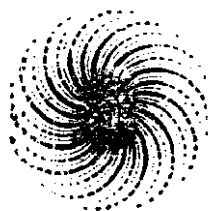
* * *

Juan del Pino, dueño de varias «antigüedades» de esas, ha adquirido dos automóviles, y actualmente vive de la gran velocidad, y pronto suprimirá la pequeña.

El no sabe lo que esto significa; ignora que, al realizar el cambio imprescindible, ha emprendido personalmente un galope frenético y ha obedecido la ley.

La ley de los tiempos dice, perentoria: *Acude, corre, vuela, traspasa la alta sierra, ocupa el llano...*

Un gran poeta, siglos ha, la formuló líricamente.





Post nubila...

Hoy, siete de Octubre, extemporáneamente y sin previo aviso, el Invierno ha hecho su aparición. Ha llegado de incógnito. Es demasiado joven para tener canas, y se adorna con las últimas florescencias del estío; pero entra llorando.

Anoche llovió sin tregua, en rápidos, duros y nutridos chubascos que redoblaban sobre los techos. Era como un *fuego granado* de lluvia borrascosa. Entre descarga y descarga, el goteo de las tejas y el deslizamiento vertiginoso del agua, que con torrenciales ímpetus, corría por las calles arrastrando en su curso piedras y ramas del campo. Cuando cesaba la lapidación de las nubes, percibíase el *glu, glu* de las barranqueras, un estribillo irónico.

Hoy llueve también á ratos, monótona y periódicamente; siguen los aguaceros su precipitado redoble. En el fondo se ha corrido una cerrada bruma que convierte el paisaje en masa gelatinosa, tras la densa cortina pluvial. De la cerrazón no emergen más que las moles negruzcas y pesadas de la iglesia y el convento. ¡Los grandes puertos, los grandes faros místicos!

En el pueblo no se ve un alma. Duerme arrullado por el sonsonete de los chaparrones que le lavan la cara sucia y le cantan un responso. Este llover en el silencio de un recinto urbano semejante á una necrópolis, tiene mucho de lúgubre. Nos hace pensar en la muerte.

Los pocos transeuntes que pasan, entre girones de niebla é hilos de lluvia, parecen espectros. Vacilan al andar, y se funden en las sombras del espacio.

Muy cerca, vuela desentonada y fatídica una copla. La acompañan golpes de martillo sobre un yunque. ¿No serán azadonazos sobre una sepultura?

La voz gime:

*Qué bien están los difuntos
So la losa funeral...!*

Y, acá y allá, contestan voces moribundas. La campana de la parroquia rompe en un prolongadísimo lamento.

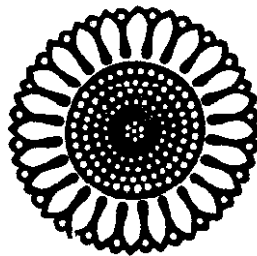
* * *

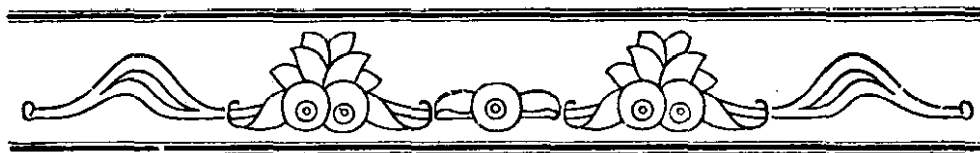
Pero he aquí la magestad risueña del sol en un cielo idealmente límpido; un derroche quimérico de oro en el infinito zafir, un imperio adorable que *se liquida* en esplendores... (*Ecco ridente il cielo*).

Post nubila... La ausencia momentánea del astro máximo avalora imponderablemente su presencia. La naturaleza, deslumbrada, está en adoración. La alegría del espacio me penetra, y, en mi dolor,

sonrío... *No puedo hacer más.* Las cosas ríen francamente...

Teror, ¡qué hermoso, así bañado con las primeras abluciones del Invierno!





La muerte blanca

ME dicho que en Teror nunca había encontrado á la Muerte; que el fosero holgaba lejos del camposanto, breve como una sola tumba; que aquí los muertos *iban despacio*.

Van despacio, pero van... Hoy he visto desfilar un cortejo fúnebre; la villa entera marchaba tras una blanca cajita, llevada á hombros de niños. Los infantiles portadores sonreían, como si en vez de un cadáver cargaran una ilusión, el ensueño de sus pocos y felices años. La infancia no llora, porque no ha aprendido á vivir: su llanto es una sonrisa entre lágrimas, sol entre nubes...

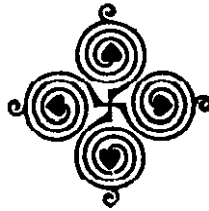
Aquellos niños sonrientes en torno á una niña muerta, me hicieron llorar; formaban uno de los espectáculos más enternecedores que puedan verse. *No comprendían*.

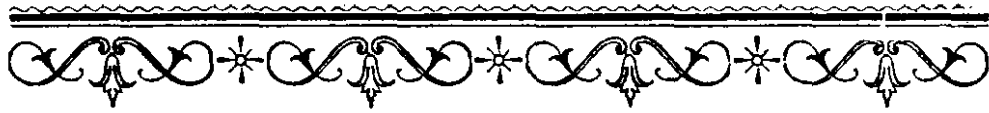
No comprendían que dentro de aquel cándido féretro pudiera encerrarse el horror de la consumación á la hora divina de la anunciación. Y el diminuto ataúd, desde lejos, parecía una cuna, un nido...

Medité. Lo que pasaba era sin duda un dolor, el ajusticiamiento de una madre, la amargura de una

familia, pero también un triunfo, una apoteosis: la apoteosis de la Muerte blanca, vestida de ángel custodio, coronada de lirios y azucenas.

Porque indudablemente hay dos muertes: la negra y la blanca. La blanca es un vuelo y una fuga; la negra, un epílogo y un tránsito misterioso. La de los que saben que se van, y la de los que no lo saben...





La caballería

LA llegada de la caballería en tiempo de paz á un pueblo pequeño representa un acontecimiento importante; muchos caballeros, muchos caballos; muchos ginetes, muchas monturas... ¿En dónde darles albergue decoroso? Teror es un pueblo pequeño que vive como una gran familia, en una gran casa de vecindad. Vive humildemente, y nada le sobra. Su Ayuntamiento, tan escaso de recursos como abrumado de deudas, no tiene dinero para lujos de hospedaje y cortesanía. Quiere, pero no puede.

Y he aquí que, de pronto, el escuadrón montado se le entra por las puertas. El Alcalde corre de acá para allá, en busca de alojamientos; los vecinos preparan camas y forrajes; la banda de música ensaya pasodobles; en el Casino, los muchachos se reúnen á deliberar si, con tan fausto motivo, se baila ó no se baila; las muchachas disponen sus mejores atavíos, dando por seguro que se bailará; la sala de la escuela, que no sirve para escuela, se militariza, se transforma en cuartel; los escolares aprenden el ejercicio y declaran el servicio obligatorio, mientras el maestro les canta la marcha de Cádiz. En las co-

cinas de los dos hoteles de la villa, manos diligentes despluman volátiles, baten huevos, mondan patatas, cual si se tratara de un nuevo festín de Camacho. En los balcones ondean los paños rojos de las grandes solemnidades. En las esquinas los pilluelos preludian la recepción tarareando los cuplés de doña Ursula. Sobre todo este azacaneo y trapisonda, la inexorable campana parroquial lanza sus desgarradores gemidos.

En una rinconada, un viejo que ha presenciado muchas entradas y salidas semejantes lo mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra, pues la vida le mostró sus dos caras, anverso y reverso, exclama sentenciosamente:

— Apartémonos. Mi vejez se apoya en un buen báculo; pero no se tendrá firme cuando pase la milicia ecuestre.

Y se aparta, y se sienta, lejos del camino que recorrerá la invasión pacífica. Aquel viejo no cree en la paz. Debajo de sus harapos heteróclitos, su corazón palpita cansado; repite los sollozos de la campana de la Iglesia. Todo viejo fatigado es un guerrero vencido.

Lo que corre y avanza, le da miedo. En este temor se identifican ancianos y niños; mezclan sus sombras los dos crepúsculos.

Los chiquillos, aunque asustados ante la aproximación de los caballos de la tropa, remedan, sin embargo, á distancia el alegre clamoreo del argentino clarinear.

— ¡Tirirí!... ¡tirirí!... ¡tirirí!...

Todo niño fuerte es un guerrero en potencia.

* * *

A las cuatro de la tarde, bajo la lluvia, la caballería cae de los montes como una tromba sonora. Agudos alaridos de clarines; relinchos de corceles; relampagueo de armas, arneses y petos; galopada briosa que hace saltar los pedruscos de las veredas, huir á los pájaros de los árboles y estremecerse los esquilmados rastrojos; martilleo de cascos herrados sobre las húmedas calzadas; *torrente de humana energía* que penetra en el pueblo pequeñito, lo sacude, lo despierta y lo excita... Teror se llena de ruidos militares, de gritos, de canciones...

— ¡Tirirí!... ¡tirirí!... ¡tirirí!

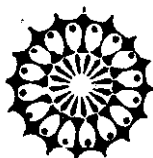
¡La caballería!

Viene de maniobras, en son de paz; pero acaso algún soldado conquiste una aldeana, rinda una fortaleza amorosa, haga capitular á una niñera sensible. Maniobra sería también.

¡La caballería! ¡Tirirí!... ¡tirirí!... ¡tirirí!

El Alcalde inclina su vara ante la gloria de los soldados. El viejo huye arrastrándose sobre sus mulatas, como un buho sorprendido por la aurora.

¡La caballería! ¡Tirirí!... ¡tirirí!





Los cazadores

CON el alba los cazadores parten en tropel ruidoso y gozoso; saltaron del lecho enardecidos, espoleados por la perspectiva de la jornada cruenta. Cada uno de ellos lleva consigo el alma de Nemrod. Cada uno pone en su escopeta el orgullo de su casta exterminadora. Los perros les siguen con aire de cómplices. Unos y otros olfatean la mañana.

Las traillas van como los batallones detrás de los conquistadores. El ojo en llamas, poseídos de la alegría de matar, hombres y animales tienen fiebre. Esta fiebre sube conforme ganan terreno. La marcha les excita; la pieza que salta entre los matojos y yerbajos, el conejo que vuela como una exhalación, los ladridos de la jauría, el ruido de los escopetazos, la carrera jadeante á través de trochas, cuestras y vericuetos, el azote del viento frío ó el agobio del calor, *el sentimiento de solidaridad* que junta racionales y bestias en el empeño de la matanza, la ansiedad de la espera, convierten su exaltación furiosa en paroxismo. Después de unas horas de ejercicio cinegético, los cazadores se imaginan haber consumado

una gran mortandad, aunque los morrales estén vacíos...

Y surge Tartarin.

El héroe tarasconense, á la vuelta de sus aventuras venatorias, contaba maravillas de maravillas. Tarascón se estremecía de espanto; el calofrío épico electrizaba á aquella buena gente meridional que se asusta de su sombra. Las liebres sentíanse leones. Los ciudadanos más pacíficos—¡oh, contagio belicoso!—tiraban por alto sus gorras y les hacían fuego.

Tartarin, enloquecido de admiración, deslumbrado ante las consecuencias de su propia obra, exclamaba:

—¡Bravo, muchachos!

Y Tarascon era desde entonces una turba de locos sanguinarios incapaces de matar un mosquito.

Su fiereza se ejercitaba y hartaba en el simulacro de las gorras, deliciosamente cómico.

* * *

Así, esos terribles cazadores parten Nemrods y vuelven Tartarines.

La caza escasea en estos lugares; pero la conciencia profesional suple la escasez de blancos. La fantasía, insuperable paridora, llena los morrales vacíos. Uno no es uno, sino veinte, para el buen cazador defraudado. Y no falta quién asegure al regreso, como si disparase el último cartucho contra la crédula sencillez de los oyentes:

—He gastado cien tiros.

Con esto quiere decir que ha cobrado cien piezas.

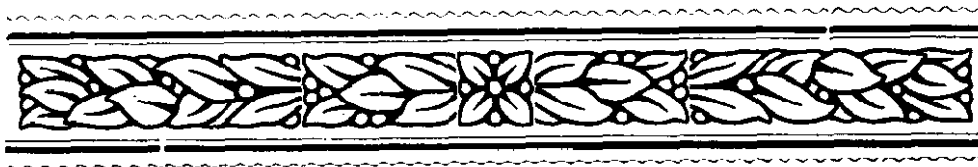
Y si se le pregunta donde están, replica:

—¿Pero no las véis?

Son, no obstante, apacibles, benignas é inofensivas personas, apenas largan el armamento. Desarmados, su furor se apaga instantáneamente, si no hay ningún conejo á la vista.

Son mis grandes amigos, á quienes embromo porque no les comprendo, y quizás envidia porque no puedo seguirles en sus caminatas; de quienes acepto algún gazapo, si me lo dan...





El tiempo, como idea

DURANTE tres horas el reloj de la torre parroquial, el avisador insobornable, estuvo hoy parado y mudo.

Ese silencio repentino pesó más sobre mi conciencia que el continuo batir marcha del péndulo sobre nuestras cabezas murmurándonos: —*¿Estás dormido? Despierta, escucha...*

Calló el pregonero lúgubre; calló la campana despertadora, como una lengua pegada al paladar. Las agujas del horario se inmovilizaron, interrumpieron su viaje de ida y vuelta. La esfera del reloj simulaba un rostro muerto. Nos miraba sin vernos, porque nos miraba sin hablarnos.

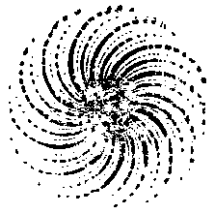
¡Aquella cara redonda, inanimada, me infundió un terror loco!

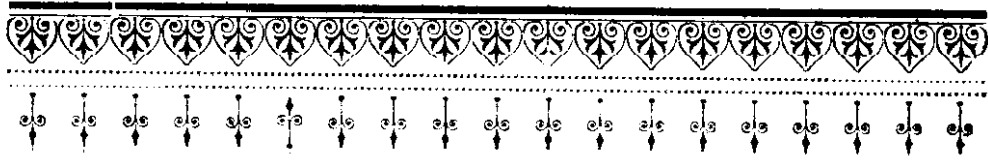
No oía el tiempo, que antes cada cuarto de hora decíame con sus aldabonazos angustiosos descargados sobre mi corazón: *viajero, vamos de prisa.*

Me faltó su imagen, su concepto material, cuando enmudeció la odiosa máquina que lo cuenta y lo mide. Aunque me veía vivir, creíame perdido en la

Nada. Era que no oía caer los minutos en la horrible desgranadera cronológica; la cadena de la continuidad se había roto en mi cerebro al romperse en el cuadrante.

El tiempo, si deja de ser sensación, se convierte en idea, y hace el vacío en el alma. Perdidos su ritmo y su cálculo, la noción de eternidad, lo impensable, nos volatiliza el triste, el desorientado pensamiento...





Guanchía

GUANCHIA es un «pago» troglodítico entre pedregales y nopales. Nada más bárbaro, más sórdido que su aspecto. Las cuevas se abren en la roca como antros, como cubiles; pero dentro de ellas, perfectamente acondicionadas, hasta agradables y cómodas, reina un relativo bienestar. Todo ha sido allí dispuesto para facilitar y embellecer la vida simple de sus moradores. Cada gruta tiene lo indispensable, conforme á las necesidades primarias de aquella gente estacionada en la edad de piedra.

Se evocan las caverna, pre-históricas ante el montón de viviendas elementales de Guanchía. Ruinas parecen los escondrijos rocallosos; ruinas abandonadas por los residentes primitivos y ocupadas por sus lejanos descendientes que las han modernizado y embellecido. Del mismo modo vivieron los «guanches», raza gigantesca que podía decir llevaba encima la enorme pesadumbre de los montes de la región. Se ocultaban en las profundidades de las montañas y en los huecos de las rocas como animales salvajes. Sin embargo, aquellos animales de apa-

riencia selvática, domesticados realmente por una civilización dulce y grave con amplio asiento moral, tuvieron en jaque á los conquistadores castellanos. Hicieron de insuperable manera una cosa que ni pueblos ni hombres suelen hacer con gracia ó gallardía: el último acto de la tragedia, *morir*... Y lo representaron muy bien, después de haber representado á maravilla los actos anteriores, *vivir*...

Tornemos al lugarejo de Teror cuyo nombre recuerda á los guanches, como los recuerdan sus costumbres. Guanchía practica varias industrias embrionarias, además de su agricultura misérrima. Cultiva patatas en la estrechez angustiosa de sus bancales, fajas de terreno tan angostas y precarias que, al verlas se las creería en riesgo de ser barridas hacia el fondo del próximo barranco por la primera lluvia torrencial del invierno próximo. Teje esterillas con la pita de las cercas desde remotos tiempos, fabrica utensilios de barro, y, singularmente, piezas de fuegos de artificio. En Guanchía se prepara y carga la pólvora que arde en las fiestas de Gran Canaria; de Guanchía salen sorprendentes monumentos piro-técnicos; en Guanchía están los brujos de la magia flamínea y sonora que encanta las vísperas patronales de nuestras aldeas...

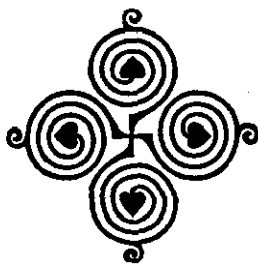
Los guanchianos—¿será así como debe decirse?—no huelgan, no reposan nunca. En sus madrigueras les posee la fiebre saludable del trabajo; sus manos urden pleita, combinan explosivos, moldean toscas ánforas manteniendo la tradición de una alfarería incipiente, herencia también guanche...

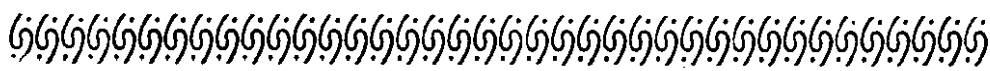
Otra de sus actividades constructivas se hace ostensible en el número extraordinario de chiquillos polulantes en su recinto. *Fecundidad del lecho de*

amor de la miseria, que dijo Bécquer. Profusión de una descendencia bíblica, que Dios ampara... Los muchachos saltan como ratas ó lagartijas entre los cactus, entre las piedras.

Una tarde paseaba yo por la carretera de Osorio, y llegué hasta á Guanchía. Dos ó tres mocosuelos, que venían del poblacho, se me acercaron pidiéndome *una perra*. Tiré al aire varias monedas de cobre. Como por ensalmo, el grupo infantil engrosó, creció, se multiplicó asombrosamente. Pronto fué una horda, una muchedumbre codiciosa que se descoyuntaba en carreras y gesticulaciones frenéticas para coger *un cuartito*.

Guanchía, en su aislamiento subterráneo, vive y trabaja...





La litera de la Virgen

EN el departamento de la basílica, donde se custodian tantas riquezas y curiosidades pertenecientes á Nuestra Señora, he visto ayer la litera de la Virgen. Porque la Virgen de Teror, tenía su silla de manos para ir á Las Palmas, como cualquier princesa ó marquesa de los siglos galantes.

La contemplación del vetusto artefacto en sí mismo, nada nos dice, nada nos sugiere. Es una reliquia profana que se conserva al lado de los cien objetos suntuarios y devotos guardados en el camarín. Considerándola en relación con el tiempo preterito, históricamente, sí tiene elocuencia; tanta, por lo menos, como la litera de Cárlos V ó la del conde-duque.

En ella, Nuestra Señora atravesaba montes y campos, seguida de un gran cortejo respetuoso; salvaba la distancia que hay entre Teror y la capital de la isla, en penosas jornadas. Al paso debían unirse al séquito para escoltar la santa imágen, las gentes de los pueblos que cruzaba la procesión. Aumentaba la abigarrada comitiva conforme la veneranda efigie en su litera ibase acercando á Las Palmas. Sería un

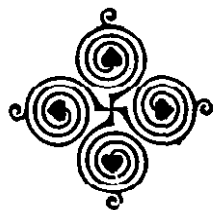
desbordamiento, una afluencia de fieles sugestionados por la leyenda del Pino y atraídos por la singularidad del espectáculo. Teror con sus munícipes y buen golpe de sus vecinos, iría tras de la Patrona, para honrarla tanto como para guardarla. La Virgen amadísima entraría en la ciudad en triunfo.

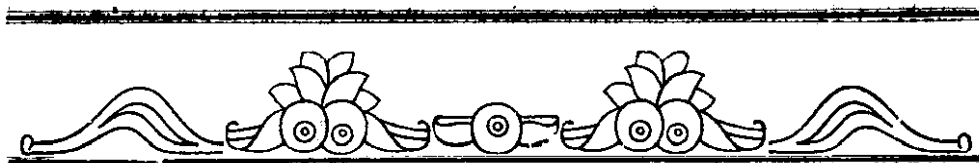
Estas *salidas* se realizaban en épocas de sequía ó de epidemia, siempre que azotaba la isla alguna plaga, siempre que se extendía algún flagelo. Entonces Nuestra Señora, llevada en función de rogativas desde su santuario, calmaba la cólera del Todopoderoso. Consta que á poco llovía, si la lluvia era perentoria; disminuía y cesaba el contagio, si había cundido una terrible peste. Los viejos cronicones lo afirman.

Por los caminos pedregosos y accidentados, se derramaba hacia la ciudad aquella ola tumultuosa de misticismo. Temblaba la Predilecta en su silla de manos, al vaivén de los portadores que tropezaban y alguna vez caían. Como una marquesita del siglo XVIII, miraba aquel alarde de adoración religiosa y parecía dar gracias á sus devotos. Llevaba consigo nada menos que el tesoro de la salud, la prenda de la reconciliación con Dios irritado.

En la raya jurisdiccional, allí donde se yerguen todavía dos palmas altivas como grandes damas, solemnemente el Ayuntamiento de Teror, con formalidades notariales, protocolarias, por medio de su Alcalde autorizado, hacía entrega de la sagrada imagen al Cabildo eclesiástico. El acto, grandioso en su sencillez, enternece al concurso. Con las mismas ceremonias se daba por terminado el préstamo, cumplido el fin que lo motivara, y la Virgen volvía á su pueblo y su templo.

Y cuentan que una vez, allí en la misma raya, donde están las dos palmeras altivas como grandes señoras, por no se sabe qué motivos—probablemente celos de devoción, resquemores, quizá irreverencias,—los de Teror que llevaban la Virgen liáronse á palos y pedradas con los de Las Palmas que venían á recibirla. Hubo puños como mientes y mientes como puños. Los dos bandos de Cristo al acometerse furiosos por el nombre y culto de la más excelsa de las damas, no parecían correligionarios; parecían cristianos y judíos, ortodoxos y perros herejes...





Una centenaria

EN una casuca perdida en la montaña de Oso-rio, más allá de los bosques de castaños, vive una viejecita, que compite en edad y fortaleza con aquellos árboles venerables. Permanece erguida, firme sobre sus piernas, clara la vista, fino el oído, fácil el habla, despierta la memoria, á pesar de haber rebasado en tres años la centena. Vive en compañía de una hija, ya también anciana, y de su yerno, un viejo labrador. Rodéala una aureola de leyenda, fundada en el prodigio de su longevidad victoriosa y gloriosa.

Yo quise visitarla para adorarla como se adoran las reliquias bendecidas, y cierta tarde fuí en su busca. Después de haber atravesado los castañares frondosísimos, entre cuyas espesuras verdi-negras acá y allá saltan cantando las fuentes, y sestean los rebaños, después de haber subido á través de la cerrada selva llena de poesía y armonía, en fatigosa marcha que duró más de dos horas, encontré la vivienda de la centenaria.

Sentada al socaire, junto á la casa rústica que, como todas las de estos contornos, ostenta una corona de flores y un cinturón de arbustos, la *heroína* miraba vagamente el espacio cuando llegamos á su vera. Parecía absorta en una contemplación interior, cautiva en el mundo de los recuerdos. No nos vió, de pronto; luego al fijarse en los que llegaban, tuvo un movimiento de sorpresa, quizás de espanto. Nos miró largamente con sus tristes ojos sin brillo, y nos saludó con un gesto indefinible. Sus manos temblorosas se asieron al respaldo de la silla en que estaba sentada. Su marchito rostro se iluminó, como se iluminaba el cielo en aquel momento con las pálidas claridades del crepúsculo. Diríase un pájaro de la noche, asustado.

Arrugadita, hecha un ovillo, lanzó gritos agudos que nos estremecieron. Luego, ya tranquilizada por nuestras frases de cordial salutación, preguntónos gangeando:

— ¿Qué quieren por aquí sus mercedes? Yo me sentía conmovido hasta las entrañas en presencia de aquella vida, tan larga, y tan hermosa al declinar... ¡Mi madre! ¡mi madre! Húmedos los ojos, pensaba en mi viejecita adorada que se fué más temprano sin darse cuenta de que se iba, santa, santa, santa en el silencio de su inconsciencia, imagen inmóvil de la virtud y el dolor.

Quiero pensar en mi madre hasta la muerte. Cada vez que tropiezo con una anciana, *la veo*, y mi corazón destila lágrimas. Mi alma se pone de rodillas...

* * *

La centenaria de Osorio evoca lúcidamente su juventud. Afluyen á su memoria las cosas vividas, las escenas lejanas, las impresiones recordadas... Todo el pasado la envuelve y la acaricia. Esta resurrección mental la transfigura ..

—Yo fui joven, — nos dice, —y aseguran que era una guapa moza. Me casé dos veces...

—Y qué recuerda usted del tiempo de su infancia?—inquirimos.

—¡Ah! recuerdo que trabajé, lloré y sufrí,—nos contesta. Conocí el dolor y el placer de los hijos; sólo una vez abandoné estas soledades para bajar á la ciudad. (Nuestros campesinos llaman *la ciudad* á Las Palmas, antonomásticamente. La anciana expresaba estas ideas con otras más sencillas palabras).

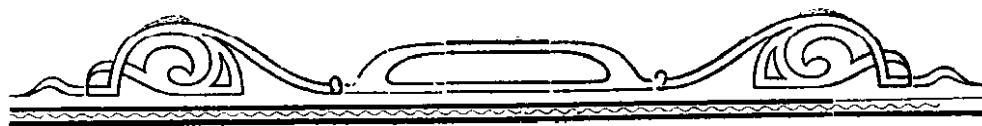
—Díganos algo de lo más interesante que haya visto ó le haya ocurrido...

—En la iglesia de Teror oí hablar á un fraile de las penas del Infierno, y un día sucedió una cosa horrible... Todo el cielo se ennegreció, *fulgían* espadas de fuego; los cristianos temblaban, decían que era *la fin del mundo*. Yo me asusté y gemí...

La anciana, en estos términos, recordaba un sermón del P. Claret en el templo de Teror y el imponente aparato de una tempestad horrisona...

.....
¡Qué existencia envidiable! ¡Un siglo de ignorancia, de paz y de salud!

Como la de los castaños, como la de los pinos...



Recomendamos el procedimiento...

EL domingo 3 del actual, celebró Teror un acto bellísimo con el que probó una vez más sus sentimientos generosos y su espíritu de ciudadanía. Honró la memoria de un hombre á quien debe esta Villa en gran parte su desarrollo comercial.

Puso una lápida conmemorativa en la casa donde vivió y tuvo su establecimiento de comercio don Francisco Bethencourt López, un gran negociante que fué también benemérito patriota y filántropo. Además, dió su nombre á la Alameda del pueblo, le dedicó un sentido homenaje al colocar su retrato en la sala del Consistorio, patentizando en diversas formas la gratitud que le debe y le paga.

Estas manifestaciones de justicia popular, espontáneas y severas, confortan el ánimo en medio de las desdichas presentes. Prestan aliento al optimismo. Cuando recuerdan, cuando aman, los pueblos ennoblecen su vida. Por ennoblecerla, la depuran. Los antepasados ejemplares les guían, y mandan en los vivos.

La memoria cordial es el poder que resucita á los muertos...

* * *

La familia del patricio rememorado dió á su agradecimiento la forma delicada y noble de la beneficencia. Los pobres tuvieron *su día*. El cura párroco repartió la bendición de la limosna entre los menesterosos de la comarca, que fueron largamente socorridos y consolados. Entregó diez pesetas á cada uno.

Y durante las primeras horas de la mañana del lunes, presencié, conmovido, el pintoresco desfile de la turba hambrienta é imploradora. Llegaban extrañas figuras á la puerta del párroco: todas las variedades de la miseria y el dolor humanos arrastrando todas las suciedades y clamando todos los infortunios. Siluetas dramáticas y siluetas cómicas; caras que parecían carátulas; mutilaciones, torcimientos, deformidades y decadencias; vejeces agravadas por la ceguera ó el reblandecimiento, apoyadas en báculos ó conducidas por lazarillos; abuelas claudicantes y temblorosas, de la mano de sus nietos; decrepitos labradores, cuya dureza pétrea se ablandó hasta deshacerse en el rudo trabajo del campo; sórdidos pordioseros de los caminos; ciegos precedidos de un perro guardián y guiador; muchachuelos imbéciles é inútiles; viudas enfermas con la infantil prole á la zaga...

Vestían *sus mejores andrajos*; habían acudido desde todos los lugares del contorno, en tumulto, y besaban las monedas de plata al recibirlas. Algunos

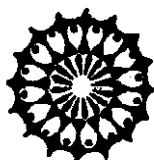
las alzaban como hostias resplandecientes bajo la inmensa caricia del sol glorioso. El fulgor de una sonrisa de felicidad animaba un momento sus rostros marchitos...

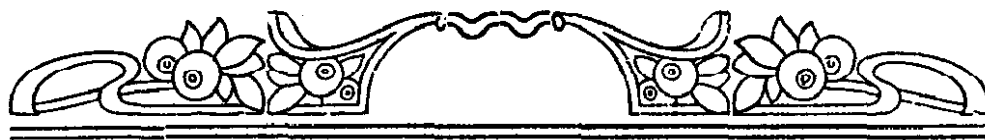
Aquella felicidad dolorosa, provocada por un rasgo de filantropía en tributo á un muerto que fué tan humanitario y caritativo, le hacía revivir en las almas de los desgraciados, le hacía penetrar en esas vidas débiles y tristes como un rayo de esperanza...

He ahí una manera sublime de resucitar á los muertos: imitarles. He ahí lo que *nos mandan* los muertos que amaron al prójimo *activamente*.

Salió la caridad del fondo de una tumba, inspiró á una familia y alegró á una muchedumbre de desheredados...

Veían éstos hacerse sensible la protección de Dios en la dádiva que les permitirá comer pan unos cuantos días, días de indulgencia plenaria para su desventura. Recomendamos el procedimiento á los ricos, cuyos deberes, siempre sagrados, crecen y suben de punto en esta cuaresma terrible que por causa de la guerra tiene que soportar la humanidad en los tiempos actuales, y nuestro país de un modo muy especial y acerbo.





El Viejo y la Niña

POCAS noches ha se representó en Teror la comedia de Moratín que lleva este título, delicia de nuestros antepasados. Un viejo y una niña regocijaron al pueblo.

Niña y viejo se casaban. El anciano contrayente es hombre vigoroso á despecho de sus años; por vez tercera, ha oído leer la epístola de San Pablo repitiendo el *sí* con el aplomo adquirido en las pruebas anteriores. Sabía *su parte*. Meneaba la cabeza al pronunciar el fatal monosílabo como quién está seguro de lo que dice, y añadía *quiero*, como quién apetece un dulce. Sujeto muy bien conservado en un agreste enriscamiento, á pesar de las triples nupcias con sus consecuencias inevitables, no se sentía sordo para oír la lectura de la epístola celeberrima, ni ciego para ver las arras, ni manco para darle el brazo á la novia,... ni lo demás. Ella, una *povera fanciulla*, aparecía satisfecha, feliz, contenta de asociar su juventud florida á aquella ancianidad lozana y risosa.

Tales, los protagonistas del sainete, que tuvo

por escenario el templo y sus alrededores, por coro á un público harto tentado á la risa. Reír, bien; pero el matrimonio es una cosa sagrada, y no debe convertirse en materia de bárbaras bromas. Aquellos dos seres tan desiguales iban á unirse canónicamente, como Dios y la Iglesia mandan. Cuando el cura que bendijo su unión preguntó á la concurrencia sobre lo del impedimento y afirmó el deber que tenía de manifestarlo quienquiera lo supiese, nadie abrió la boca sino para murmurar alguna maligna cuchufleta. La interesada mostraba allí un continente digno y severo. En el rostro del nuevo esposo, uncido al yugo matrimonial por tercera vez, advertíase el dominio de toda su persona milagrosamente conservada. El sacerdote decía amén y recalcaba los términos irrevocables de la sentencia, no menos que los consejos y mandatos apostólicos.

Sin embargo, la alegre turba tenía determinado solazarse á costa del viejo y la niña. Ya que no podía impedir el casorio, lo había de amenizar y sazonar con especias del ingenio campesino. Reían los compadres; alborotaban las comadres; rebuznaban los chicos. Un tropel de gentes venidas de las aldeas, esperaba en la calle la aparición del cortejo para propinar á los desposados una buena silba. Asegurábase que los propios hijos del vejete, indignados contra la viril arrogancia paterna —de los tuyos te vengan las pedradas,—escondían las manos llenas de piedras y formaban parte del complot. Tronaban cohetes y morteros; corrióse la pólvora en honor de los héroes.

Estos, en tanto, bajo la guarda del joven presbítero que los había enlazado y bendecido, permanecían en la iglesia sin atreverse á salir. El viejo as-

piraba el perfume de los azahares de la niña; la niña pensaba en si su futuro sería perfecto ó imperfecto. Devoraba á ambos la impaciencia; el tiempo, ¡cómo se dormía!

A la una de la madrugada, dispersa ya la enemiga horda, salieron del sacro recinto como conejos que se escapan de la madriguera burlando á los cazadores.

* * *

Semejantes espectáculos de incultura bochornosa, son frecuentes en los campos de Gran Canaria. La costumbre los autoriza; las autoridades locales, respetuosas con la costumbre, no hacen nada para evitarlos ni corregirlos. Deben desaparecer porque arguyen barbarie y villanía.

Casarse á deshora, si se encuentra complemento, será una estupidez, pero no un crimen. Y hasta el crimen se ha llegado por causa de ese abuso de burlas indecentes. Los agraviados se han defendido á tiros. Estaban en su derecho.

Menos mal cuando la nota cómica se sostiene hasta el fin. Cuentan que en un caso análogo al de la otra noche, invertidos los papeles de la comedia, *la agraciada*, una irascible viejecilla, en el paroxismo de la furia, se alzó las sayas y se azotó en entrambas posaderas, con mucho más brío que el gran Sancho Panza para desencantar á Dulcinea del Toboso